

# La vuelta al mundo

*de un joven consumidor*



Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana



# Índice

- 5 Introducción
- 7 Metodología
- 9 Agradecimientos
- 11 Personajes
- 13 Capítulo 1  
*La apuesta de Izan Ros*
- 26 Ficha Didáctica
- 29 Capítulo 2  
*Tras los pasos de Izan y Javi*
- 40 Ficha Didáctica
- 43 Capítulo 3  
*El rescate de la princesa Leyre*
- 58 Ficha Didáctica
- 61 Capítulo 4  
*La aventura de Javi*
- 74 Ficha Didáctica
- 77 Capítulo 5  
*El regreso a Valencia*
- 98 Ficha Didáctica
- 100 Mapa del viaje
- 103 La Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana



# Introducción

Este libro de aventuras pretende mostrar las diferentes situaciones problemáticas en las que se puede encontrar un consumidor en la contratación y vigencia de los servicios, adquisición de productos y sus intentos de resolver todas estas incidencias.

En ocasiones, comprar un producto o contratar un servicio y que todo vaya bien, es toda una aventura para el consumidor. Quizá tengamos suerte y no vayamos a tener ningún problema con el viaje que hemos contratado, con el móvil que nos han regalado o con el coche que hemos comprado, pero solemos realizar tantos actos de consumo que es habitual que se produzca alguna incidencia.

Sin embargo, que surja algún problema no tiene por qué desencadenar el enfado y la indignación del consumidor, y menos aún conformarse con lo ocurrido. Lo habitual es que si exponemos lo que ha sucedido a la empresa o establecimiento consigamos solucionar fácilmente el problema. Lo esencial es que sepamos cuáles son nuestros derechos y obligaciones, y también cuáles son los derechos y obligaciones del empresario o comerciante, pero sobre todo, cómo ejercerlos y hacerlos cumplir.

También es cierto que, en la actualidad, es muy habitual realizar compras por Internet y no debe suponer ningún inconveniente. Pero sí es importante que no nos fiemos de cualquier página de Internet, igual que no nos tenemos que fiar de ninguna persona que pretenda entrar en nuestra casa para vendernos una enciclopedia, una aspiradora o que cambiemos de compañía de electricidad, gas o teléfono, con alguna excusa que pueda parecernos creíble..

Comprar o contratar es, en muchas ocasiones, un acto de confianza. Por eso siempre es aconsejable acudir a aquellos establecimientos y comercios, físicos o en la red, que puedan asegurarnos una cercanía y atención que no podrán prestarnos empresas radicadas en países lejanos. No quiere decir esto que el consumidor no compre a empresas extranjeras, pero debe ser consciente de los riesgos (normativa, reclamaciones, atención al cliente, etc...) y hacerlo cuando tiene plena confianza en la empresa con la que va a contratar.

En cualquier caso, es conveniente que el consumidor esté atento a toda la información, ya compre o contrate en Internet o en un establecimiento físico, lea toda la documentación y esté atento para saber realmente qué contrata o compra. Ante cualquier duda, conviene preguntar a los profesionales: las asociaciones de consumidores.

*El mejor consumidor,  
es el que más informado está*

# Metodología

El libro se compone de cinco capítulos, dentro de los cuales se desarrolla una parte esencial de la aventura. Además, en cada capítulo se incluyen diversas situaciones de consumo en la que los más jóvenes, e incluso los mayores, pueden verse identificados.

De esta forma, se pretende acercar el mundo del consumo a través de experiencias en los productos y servicios más habituales.

Al finalizar cada capítulo, se encuentra una ficha didáctica en la que se plantean diversas cuestiones sobre el argumento de la aventura y los temas de consumo tratados.

En estas fichas se proponen diversas actividades para desarrollar los temas tratados en la aventura, sirviendo de ayuda para los educadores y profesores. Dichas propuestas son expuestas como ejemplo, pero pueden desarrollarse otras distintas adaptadas al tratamiento que se le vaya a dedicar.

Existen actividades comunes y otras más específicas sobre los temas tratados en cada uno de los capítulos, que pueden resolverse de forma individual o, mejor aún, en grupo, ya sea en el colegio o en familia, a fin de que se traten estas situaciones y el joven consumidor esté debidamente informado y preparado para buscar una solución adecuada al problema de consumo que se le pueda haber planteado.

Aunque se ha intentado exponer diversas situaciones en las que podemos encontrarnos los consumidores, no son las únicas, pero la forma de resolverlas es prácticamente común a todas:

- **Información previa**, esencial para saber qué producto estamos comprando o qué servicio estamos contratando.
- **Guardar toda la documentación necesaria** (publicidad, contrato, tique o factura, justificante de pago, etc...), y que todo conste por escrito.
- Cuando surge el problema, **contactar con la empresa** para exponer lo sucedido, pero si no hay acuerdo, conviene **solicitar la Hoja de Reclamaciones** para dejar constancia escrita de la incidencia, y remitirla a su asociación de consumidores o a los organismos públicos de consumo.
- **Contratar o comprar únicamente en sitios de confianza**, desconfiar de regalos, ofertas increíbles o productos milagrosos.
- Ante la duda, **consultar siempre antes con una asociación de consumidores**.
- Por último, si no se está conforme con lo ocurrido, **reclamar**.

En definitiva, el tratamiento y desarrollo de estos capítulos permite no sólo disfrutar de su lectura, sino también realizar múltiples actividades que fomentan el desarrollo de los lectores, aprendizaje de nuevas materias y, sobre todo, encontrarse con situaciones habituales de consumo en las que aprenderán importantes consejos para ser consumidores responsables.



# Agradecimientos

Este libro es un homenaje a Julio Verne, escritor francés que nació en Nantes el 7 de febrero de 1828, y que a través de sus libros imaginó un futuro lleno de retos para el ser humano (viajar a la luna, explorar el interior de la Tierra, sumergirse en las profundidades del mar, viajar en globo, etc..), mucho antes de que nadie lo hubiera ni siquiera soñado. Uno de sus libros más famosos fue La vuelta al mundo en 80 días, que sirve de referente a esta aventura en el mundo del consumo.

Al igual que los personajes de los libros de Julio Verne y los protagonistas de esta aventura, es esencial contar con el apoyo de familiares, amigos y profesionales (como son las asociaciones de consumidores en los temas de consumo), para aprovechar la oportunidad de descubrir nuevos lugares, nuevas culturas y nuevos amigos. Podrán surgir problemas, obstáculos y dificultades, pero igual que nuestros protagonistas, debemos conservar la calma e informarnos de cómo solucionar estos problemas, que casi siempre tendrán solución.

Y hay que agradecer a todos ellos su esfuerzo en compartir cariño, amistad y esfuerzo en ayudarnos a resolverlos.

Por supuesto, lo más bonito de la aventura no es llegar al final, sino haberla disfrutado junto a todos ellos desde el principio.

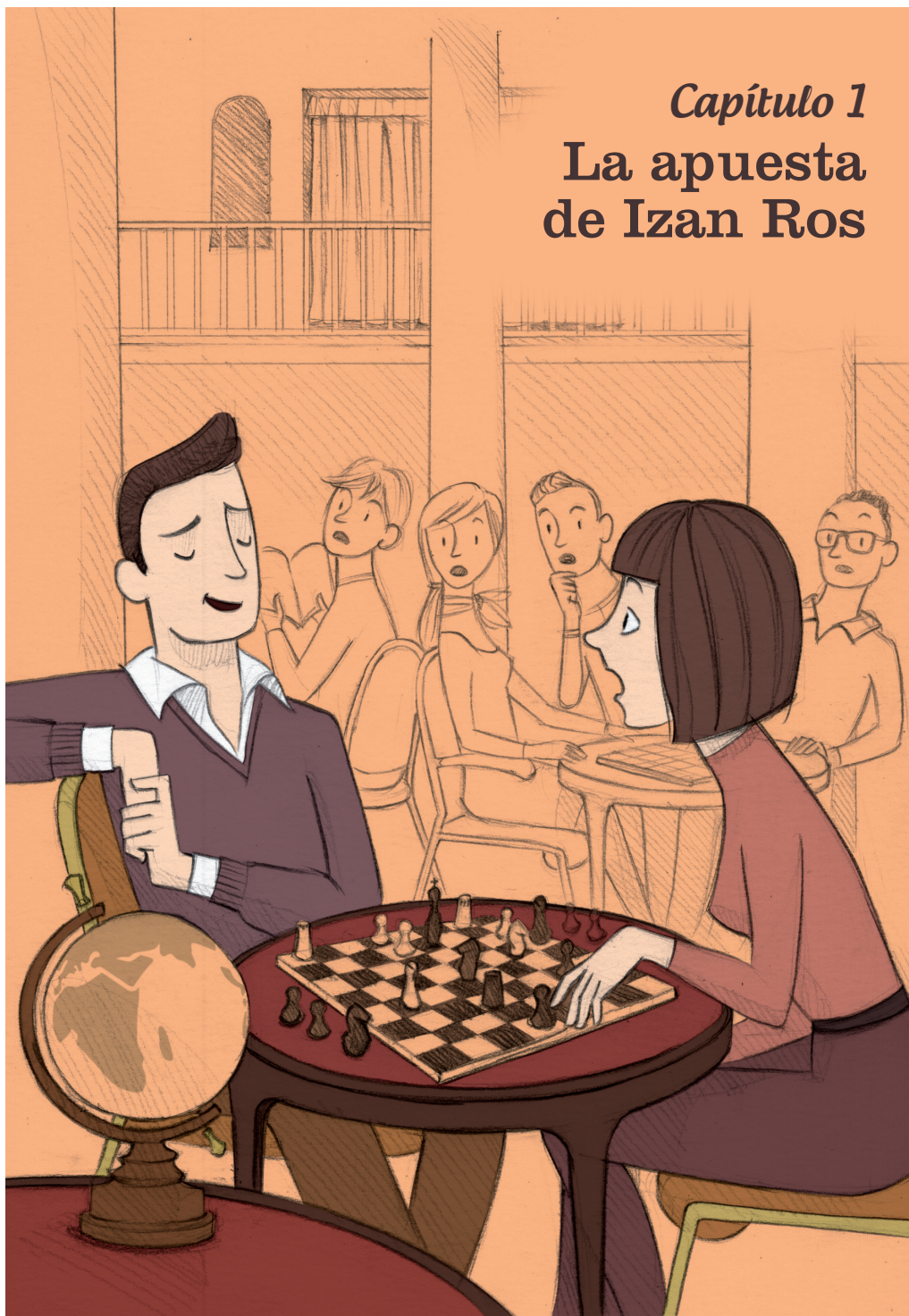


# Personajes

<b>Izan Ros</b>	Joven generoso pero maniático del orden y la exactitud.
<b>Jaime González</b>	Ayudante despedido de Izan Ros.
<b>Javi García</b>	Nuevo ayudante de Izan Ros.
<b>Ana Sastre</b>	Ingeniera y socia del Ateneo Mercantil.
<b>José Ortiz</b>	Banquero y socio del Ateneo Mercantil.
<b>Fernando Fuentes</b>	Banquero y socio del Ateneo Mercantil.
<b>Rocío Sanmiguel</b>	Fabricante de cervezas, también socia del Ateneo Mercantil.
<b>Pablo Rodríguez</b>	Uno de los administradores del Banco de España en Valencia, socio del Ateneo Mercantil.
<b>Estefanía López</b>	Teleoperadora de la compañía de seguros de Izan Ros.
<b>Alejandro Sánchez</b>	Director de la policía en Valencia.
<b>Erik Doménech</b>	Detective contratado por el Banco de España, perseguidor de Izan.
<b>Enrique Baixauli</b>	Cónsul español en Suez.
<b>Carmen Pineda</b>	Inspectora de la Agencia Tributaria de vacaciones.
<b>Natalia Moreno</b>	Publicista y asesora de imagen.
<b>Emilio Castro</b>	Reverendo argentino que regresa a Bombay.
<b>Diego Santana</b>	Oficial del ejército español en misión humanitaria que se dirige a Benarés para reunirse con sus compañeros.
<b>Lucía González</b>	Teleoperadora de la compañía de telefonía móvil de Izan Ros.
<b>Keko</b>	Elefante con el que se dirigen a Calcuta.
<b>Leyre</b>	Princesa y viuda de maharajá a la que rescatan de un ritual religioso.
<b>Juan Llorens</b>	Director de circo.
<b>Arturo Villalba</b>	Joven pelirrojo y violento que ataca a Izan Ros.
<b>Ángel Riera</b>	Ladrón.



*Capítulo 1*  
**La apuesta  
de Izan Ros**



## Capítulo 1

# La apuesta de Izan Ros

En la casa del número 7 de la calle Bergara, próxima a los jardines de la Avenida Blasco Ibáñez de Valencia, vivía Izan Ros, un joven muy educado que aparentemente no pretendía llamar la atención, a pesar de ser uno de los socios más destacados y singulares del Ateneo Mercantil de Valencia. Poco se sabía de él, únicamente, que era un joven muy elegante y educado, digno de la clase alta valenciana.

Izan Ros seguramente era valenciano, aunque tal vez de Alicante o Castellón, ya que pocas personas de la ciudad de Valencia parecían conocerle. Jamás se le había visto en fiestas o actos en la ciudad, ni tampoco en los bancos, teatros, ni siquiera en algún casal fallero para disfrutar de la Fallas. Tampoco era industrial, comerciante o empresario, pues no aparecía en ningún Consejo de Administración ni tampoco en el Registro Mercantil. ¡Sólo era miembro del Ateneo Mercantil, nada más!

¿Era rico Izan Ros? Seguramente, porque no se le conocía trabajo u ocupación alguna, pero tampoco se conocía el valor de sus bienes o su patrimonio. En cualquier caso, ni los mejores informados podían explicar cómo había hecho su fortuna, o a cuánto importe ascendía.

No malgastaba mucho pero tampoco era tacaño, porque en cualquier parte donde hiciera falta ayuda para una causa noble, útil o generosa, solía prestarlo con discreción y hasta de forma anónima, pues no quería destacar ni presumir.

Poco más se sabía de él. Tan sólo que, además del Ateneo, pertenecía también a una asociación de consumidores a la que consultaba importantes cuestiones de consumo y con la que estaba muy bien informado. El resto de socios del Ateneo siempre acudían a él cuando les surgía alguna duda en estos temas de consumo, bien porque se les había averiado el coche, porque se

habían quedado en tierra en un viaje o por quejas con el suministro eléctrico o problemas con sus compañías de telefonía móvil o internet.

Izan les daba amablemente la información que le solicitaban, pero siempre les aconsejaba consultar con la asociación de consumidores, sobre todo antes de que surgiera el problema, para ahorrarse preocupaciones y disgustos. Sus colegas del Ateneo le estaban muy agradecidos, y acudían a su asociación de consumidores para informarse y estar al día, cómo él, de todos los temas de consumo.

Pero volviendo a Izan, y aparte de todo esto, era difícil encontrar a una persona tan poco comunicativa. Hablaba lo justo y necesario, sin apenas dar explicaciones y esquivando muchas veces las preguntas curiosas de los socios de Ateneo Mercantil. Ni siquiera los pocos vecinos que habían intentado entablar amistad con él habían tenido mejor suerte. En resumen, Izan Ros era todo un misterio.

¿Había viajado? Probablemente, ya que no había nadie que conociera el mapa como él. No existía lugar en la Tierra, por alejado y recóndito que estuviera, del que Izan no supiera algo. A veces, con pocas palabras, corregía los cotilleos que circulaban por el club sobre viajeros perdidos o extraviados. Era un joven que parecía haber estado en todas partes, al menos con la imaginación.

También era cierto que Izan Ros no había abandonado la ciudad de Valencia desde hacía bastantes años. Aquellos que tenían el honor de conocerle un poquito más, solían decir que no se le había visto en ningún otro lugar que no fuera el tramo de camino que tenía por costumbre recorrer a diario para ir de su casa al club.

Sus pasatiempos eran leer los diarios y, sobre todo, jugar al ajedrez, pero no para ganar. Izan consideraba el juego una competición, una lucha contra la dificultad. Estaba maravillado por el ajedrez, por la concentración necesaria, la estrategia, el razonamiento y el riesgo de las piezas en cada partida. Podía pasarse horas y horas jugando con los socios del club al ajedrez.

No se le conocían ni esposa ni hijos, ni siquiera parientes o algún amigo. Vivía solo en su casa de la calle Bergara. Tenía un ayudante para atender el mantenimiento de la casa, el jardín y la piscina. Pero Izan comía y cenaba en el club, siempre a las mismas horas, en la misma sala y en la misma mesa, sin relacionarse con sus colegas. Únicamente acudía a su hogar para dormir.

Lo único que Izan Ros exigía a su ayudante era puntualidad y regularidad. El

2 de octubre, Izan había despedido a Jaime González por el enorme delito de dejar el agua de la piscina a 24 grados centígrados en vez de 27, y ahora esperaba a su sustituto, que debía presentarse entre las once y las once y media.

Izan Ros, sentado en su sillón con las manos apoyadas sobre las rodillas, el cuerpo muy erguido y la cabeza alta, observaba la marcha del reloj. En el momento en que marcase las once y media debía partir, como era su costumbre, hacia el Ateneo Mercantil.

En aquel preciso instante, alguien llamó a la puerta de la sala. Jaime González se encargó de abrir.

– Es el nuevo ayudante, señor Ros –anunció.

Un joven de unos veinte años se presentó y saludó. Esperó mientras su posible jefe revisaba los documentos que le había hecho llegar por correo electrónico.

– ¿Eres de San Sebastián y te llamas Javier? –Le preguntó Izan Ros leyendo su curriculum.

– Javi, si no le importa –dijo el recién llegado–. Javi García. Creo que soy honrado y un gran profesional, aunque, la verdad, es que he tenido varios oficios. He sido teleoperador, he sido actor en obras de teatro y después, he sido incluso profesor de aerobio, y por último, he sido socorrista en Vitoria. Pero hace varios años que me fui del País Vasco y estuve en Barcelona, Granada, Salamanca y, finalmente, llegué a Valencia, donde me especialicé en obras y reformas y mantenimiento de jardines y piscinas. Y buscando trabajo y algo de tranquilidad me enteré que usted era el hombre más exacto y tranquilo de toda la Comunidad Valenciana, por lo que le hice llegar mi curriculum esperando contar con su aprobación y trabajar en esta casa.

– Creo que me convienes, Javi –dijo Izan–. Me han recomendado tus servicios y, por las referencias que me han dado, tu comportamiento es excelente. ¿Sabes cuáles son mis condiciones?

– Sí.

– Entonces, ¿qué hora marca tu reloj? –preguntó Izan.

– Las once y veintidós minutos –dijo Javi, tras mirar un enorme y antiguo reloj de pulsera.

– Va retrasado.



– Imposible –contestó Javi.

– Va retrasado. Pero no importa, ya sabes la diferencia. A partir de este momento, a las once y veintinueve de la mañana del miércoles 2 de octubre, empiezas a trabajar para mí.

A continuación, Izan Ros se levantó, se puso el abrigo y desapareció sin decir nada más. Javi oyó cómo se cerraba la puerta de la calle por primera vez: su nuevo jefe se marchaba. Poco después la oyó cerrarse de nuevo: en esta ocasión era Jaime González, el anterior ayudante, quien se iba.

Así, Jaime se quedó solo en la casa de la calle Bergara. Pronto comenzó a inspeccionarla. Hizo un recorrido desde el sótano hasta el desván. Era una casa antigua que necesitaba algunos arreglos, pero impecable, ordenada y bien organizada. A Javi le gustó. En el sótano, no tardó en encontrar su habitación de herramientas y despacho. Máquinas eléctricas, tubos, cajas con piezas y sacos de cemento esperaban a ser utilizados para renovar la casa y atender el jardín y las piscina. En el primer piso, encima de la chimenea, había un gran reloj de pared idéntico al reloj del dormitorio de Izan; ambos aparatos marcaban el mismo segundo.

Javi no era, por cierto, uno de esos jóvenes modernos con tatuajes o anillos, pelo en cresta o mirada altiva o arrogante, no. De ser así, evidentemente Izan Ros no lo habría contratado. Javi era un chico de rasgos amables y especialmente tranquilo y generoso, amigo de sus amigos, con el que se podía confiar. No tenía vicios ni fumaba, había estudiado mucho en el colegio y era muy responsable en su trabajo. Tenía una hermana pequeña en San Sebastián a quien llamaba a menudo y quería muchísimo. Sus padres estaban muy orgullosos de su hijo y, por supuesto, le echaban de menos.

– ¡Me gusta! –murmuró Javi, tras examinar la casa.

En su despacho también encontró una nota pegada encima del reloj. Era el horario de servicio, trabajos pendientes y los detalles que debía tener en cuenta. Todo estaba anotado y previsto.

– El señor Ros y yo nos entenderemos a la perfección. ¡Es un hombre muy organizado!

Javi echó un vistazo a los productos de limpieza de la casa y de la piscina. Afortunadamente, estaba todo correctamente etiquetado y almacenado. Javi recordó una ocasión en la que a punto estuvo de ocurrir un grave accidente en Salamanca. Allí estuvo trabajando en una casa en la que los dueños relle-

naban botellas de agua con detergentes, disolventes y otros productos de limpieza. ¡Menudo susto se llevaron cuando vieron a la hija más pequeña, de dos años, que había cogido una de las botellas pensando que era agua! Afortunadamente, no había bebido nada, sólo había querido regar una de las plantas que tenían en el balcón. Poco después vieron cómo la planta y sus preciosas flores se marchitaban y morían por culpa de los productos químicos.

Si la pobre niña hubiera bebido de esa botella... Desde entonces, los dueños aprendieron a leer y respetar las etiquetas de los productos químicos y guardaron los productos de limpieza en sitios seguros, fuera del alcance de los niños, de los animales y, por supuesto, de las plantas.

En el Ateneo Mercantil, Izan Ros tomó asiento en la mesa de costumbre puesta ya para él. Después de comer se levantó y se dirigió al gran salón, donde se puso a leer el periódico.

Media hora más tarde, varios miembros del Ateneo Mercantil entraron y se acercaron a las mesas de juegos del gran salón. Eran los compañeros habituales de juego de Izan, muchos de ellos aficionados a las cartas pero también al ajedrez: la joven ingeniera Ana Sastre; los banqueros José Ortiz y Fernando Fuentes; la fabricante de cerveza Rocío Sanmiguel; y Pablo Rodríguez, uno de los administradores del Banco de España en Valencia.

– Dime, Pablo –preguntó la fabricante de cerveza Rocío Sanmiguel–, ¿qué se sabe del asunto del robo?

– Espero que pronto demos con el autor. Han enviado a los detectives más hábiles a los principales puertos de América y de Europa. La Interpol también está investigando el asunto, además de la policía española. Será difícil que el ladrón pueda esconderse –contestó Pablo, uno de los administradores del Banco de España.

– ¿Se conoce la identidad del ladrón? –preguntó la ingeniera Ana Sastre.

– En primer lugar, no es un vulgar ladrón –aseguró Pablo.

– ¿No es un ladrón un individuo que se lleva tres millones de euros en billetes de banco?

– El periódico asegura que se trata de un profesional –dijo de repente Izan Ros, cuya cabeza asomaba entonces entre aquel mar de periódicos amontonados a su alrededor. Al mismo tiempo, Izan saludó a sus compañeros, que le

devolvieron amablemente el gesto.

El acontecimiento del que hablaban había tenido lugar tres días antes, el 29 de septiembre. Una bolsa de transporte de billetes de banco que formaba la enorme cantidad de tres millones de euros, había sido sustraída de la caja fuerte acorazada de la oficina del Banco de España en Valencia.

Cuando se dieron cuenta del robo, mandaron agentes, investigadores y detectives privados a vigilar los principales puertos, aeropuertos y estaciones principales, a Madrid, Barcelona, Bilbao, París, Roma, Lisboa, Nueva York, etc., con la promesa de que recibirían, en caso de éxito, una recompensa de quince mil euros y el cinco por ciento de la suma que recuperasen. La misión de estos detectives se reducía a observar meticulosamente a todos los viajeros que se iban o que llegaban, hasta descubrir algo que pudiera ayudar a la investigación.

Y, según lo que decían los periódicos, había motivos para pensar que el autor del robo no formaba parte de ninguna banda de ladrones organizada de la provincia. Se había comprobado por varios testigos que durante aquel día, 29 de septiembre, se paseaba por los alrededores del banco donde ocurrió el robo, un individuo bien vestido y educado.

Las investigaciones habían permitido obtener con bastante exactitud el retrato robot de ese señor, ya que no había dejado huella alguna o rastro del que pudiera extraerse su ADN, y que fueron transmitidas al instante a todos los detectives contratados por el Banco de España y a los inspectores y agentes de la Policía Nacional española y la Interpol.

Varios responsables del banco, y entre ellos Pablo Rodríguez, tenían motivos para pensar que el ladrón no se escaparía.

– No hay un solo país en el que el ladrón pueda esconderse –afirmó Pablo, mientras empezaba una nueva partida de ajedrez.

– La Tierra es muy grande –dijo Ana mientras colocaba las piezas en el tablero.

– Lo era, en otra época –intervino Izan Ros.

– ¿Estás diciendo que la Tierra ha encogido? –le preguntó Ana.

– Por supuesto –respondió Pablo.

– Estoy de acuerdo con Izan. La Tierra ha disminuido de tamaño porque ahora se recorre diez veces más deprisa que hace cien años. Y eso sin contar el

avión. Eso hará que las investigaciones sean más rápidas. Además, con los faxes, internet y teléfonos móviles, el ladrón no podrá ocultarse durante mucho tiempo.

– He de confesarte, Pablo, que has encontrado una forma muy graciosa de decir que la Tierra ha empequeñecido porque ahora se puede dar la vuelta al mundo en ocho días en avión o en tres meses por tierra y mar.

– En ochenta días tan sólo –dijo Izan– si viajamos por tierra y mar. Y en cinco días si escogemos el avión.

– Efectivamente –intervino el banquero José Ortiz–. Si nos olvidamos del avión y viajamos como antiguos aventureros, se puede dar la vuelta al mundo en ochenta días, cruzando la India en tren y atravesando el Atlántico desde China hasta Estados Unidos. Mirad el cálculo que han previsto en el periódico con los nuevos horarios entre las más importantes ciudades del planeta:

De Valencia a Roma, pasando por Barcelona, París, Zurich y Milán, en autobús y tren .....	4 días
De Milán a Suez, por Roma y Brindisi, en tren y barco .....	3 días
De Suez a Bombay, en barco .....	12 días
De Bombay a Calcuta, en tren .....	3 días
De Calcuta a Hong Kong, en barco .....	14 días
De Hong Kong a Yokohama, en barco .....	6 días
De Yokohama a San Francisco, en barco .....	21 días
De San Francisco a Nueva York, en tren .....	7 días
De Nueva York a Valencia, en barco 10 días .....	10 días
<b>Total = 80 días</b>	

– ¡Sí, ochenta días! –exclamó Ana, quien sin darse cuenta movió una pieza de su oponente–. ¿Y quién querría hacer un trayecto tan largo y no utilizar los modernos aviones que hacen el trayecto diez veces más rápido?

– A los verdaderos viajeros, Ana, les gusta recorrer las ciudades, las montañas

y cruzar en barco los océanos. El avión es como dar un salto gigantesco y perderse paisajes y ciudades maravillosas por el camino –respondió Fernando, otro de los banqueros.

– Por supuesto –dijo José, apoyando a su colega–, es evidente no es lo mismo coger un avión de Burgos a Santiago de Compostela, que realizar a pie el Camino de Santiago.

– Bueno, de acuerdo –admitió Ana–, pero precisamente para dar la vuelta al mundo por tierra y por mar, hay que tener en cuenta el mal tiempo, las tempestades, las averías, los retrasos, las huelgas, etc.

– Contando con todo –respondió Izan siguiendo su juego, porque ya nadie podía evitar jugar en silencio.

– ¡Pero si los maquinistas en Francia han convocado una huelga! –exclamó Ana–. ¡Si detienen los trenes, perderá cualquier posibilidad de continuar su viaje en el tiempo previsto!

– Contando con todo –respondió Izan, que atendiendo a su partida, añadió–: ¡Jaque mate!

Ana Sastre, que hasta ese momento era su rival de ajedrez, recogió las piezas, diciendo:

– Teóricamente tienes razón, Izan; pero en la práctica...

– En la práctica también, Ana.

– ¡Quisiera verlo! –respondió Ana en un ataque de enfado.

– Sólo depende de ti. Hagamos el viaje juntos –le propuso José, que apoyaba los argumentos de Izan.

– ¡Ah, no, eso sí que no! Pero bien, apostaría cien mil euros a que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

– Muy posible, por el contrario –respondió Izan.

– Pues bien, hazlo.

– ¿La vuelta al mundo en ochenta días sólo por tierra y mar?

– Sí.

– No hay inconveniente.

– ¿Cuándo?

- En seguida. Os advierto solamente que lo haré a vuestra costa.
  - ¡Es una locura! –exclamó Ana, que empezaba a enfadarse por la insistencia de su compañero de juego– . Más vale que sigamos jugando.
  - Entonces, vuelve a poner las piezas, porque están mal colocadas.
- Ana recogió otra vez las piezas con el ceño fruncido, y de repente, dejándolas sobre la mesa, explotó:
- De acuerdo, sí, Izan, apuesto formalmente cien mil euros...
  - Mi querida Ana dijo José , cálmate. Esto no es serio.
  - Cuando dije que apuesto –respondió Ana–, lo digo en serio.
  - Aceptado –dijo Izan, y luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió–: Tengo un millón de euros depositado en un fondo de inversión garantizado. De buena gana los apostaría.
  - ¡Un millón de euros! –exclamó Pablo– . ¡Un millón de euros, que cualquier retraso imprevisto te los puede hacer perder!
  - No existe lo imprevisto –respondió sencillamente Izan.
  - ¡Pero, Izan, ese plazo de ochenta días sólo está calculado como mínimo!
  - Un mínimo bien empleado basta para todo.
  - ¡Pero a fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los trenes a los barcos y de los barcos a los trenes!
  - Saltaré matemáticamente.
  - ¡Es una broma!
  - Un buen caballero no se ríe nunca cuando se trata de una cosa tan formal como una apuesta respondió Izan. Apuesto un millón de euros contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo por tierra y por mar en ochenta días, o menos, ¿aceptáis?
  - Aceptamos –respondieron Ana Sastre, Fernando Fuentes, José Ortiz, Rocío Sanmiguel y Pablo Rodríguez después de haberse puesto de acuerdo.
  - Bien –dijo Izan–. El tren a Barcelona sale mañana a las ocho y cuarenta y cinco. Lo cogeré.
  - ¿Esta misma noche? –preguntó Ana.

– Esta misma noche –respondió Izan–. Por lo tanto, añadió consultando un calendario puesto que hoy es miércoles 2 de octubre deberé estar de vuelta en Valencia, en este mismo salón del Ateneo Mercantil, el sábado 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, sin lo cual el millón de euros depositado en un fondo de inversión garantizado os pertenecerán por completo. Aquí entrego un cheque por esa cantidad.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados y varios testigos. Izan había permanecido tranquilo y sereno. No había apostado para ganar, sino para demostrarles que tenía razón en sus argumentos. Y no había apostado sólo un millón de euros sino porque calculó que tendría que gastar otros cien mil euros para llevar a buen fin ese difícil, por no decir inejecutable, proyecto. En cuanto a sus adversarios, parecían intranquilos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenían reparo en luchar con tanta ventaja.

Daban entonces las siete. Se le ofreció a Izan la suspensión de la partida iniciada para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

– ¡Yo siempre estoy preparado! –respondió el joven; y moviendo una torre, exclamó–: ¡Jaque! Te toca, Pablo.

Al llegar por fin a casa, Izan subió a su habitación y a continuación llamó a su nuevo ayudante Javi.

– Dentro de diez minutos salimos hacia Barcelona –anunció Izan.

– ¿Se va de viaje? –preguntó Javi, convencido de que lo había entendido mal.

– Sí, daremos la vuelta al mundo.

– ¿Los dos? –volvió a preguntar Javi.

– Sí, Javi, los dos –contestó nuevamente Izan.

– ¡La vuelta al mundo! –balbuceó con cara de sorpresa.

– En ochenta días –dijo Izan tranquilamente–. No podemos perder ni un minuto.

– ¿Y las maletas? –preguntó Javi, balanceándose inconscientemente de un lado a otro sin poder asimilar la noticia.

– Sólo necesitamos una mochila de viaje con dos camisetas, dos pantalones, ropa interior y algo de aseo. Prepara lo mismo para ti. Compraremos más ropa por el camino.

Javi, tras abandonar la habitación de Izan Ros, se dejó caer en una silla y suspiró:

– ¡Vaya, yo que quería estar tranquilo después de viajar por toda España y ahora resulta que vamos a dar la vuelta al mundo!

Poco después estaba todo preparado. Izan llevaba bajo el brazo algunos itinerarios de tren y de barco necesarios para el viaje. Cogió la mochila que Javi había preparado, la abrió y depositó en su interior un enorme fajo de billetes de quinientos euros.

– Ten cuidado con la mochila, Javi. ¡Contiene cien mil euros!

La mochila estuvo a punto de caerse de las manos de Javi. A continuación, ambos salieron y cerraron la casa con llave.

Cuando llegaron a la espléndida Estación del Norte, Izan compró dos billetes de tren para Barcelona en primera clase. Una vez allí, cogerían un nuevo tren a París. Al darse la vuelta, se dio cuenta de que sus colegas del Ateneo estaban allí.

– Dentro de ochenta días, a la hora prevista, estaré de vuelta. ¡Hasta la vista, señores!

A las ocho y cuarenta y cinco, Izan Ros y Javi estaban sentados en su vagón. Un silbido anunció que el tren se ponía en marcha. La noche era oscura y lloviznaba. Izan permanecía en silencio y Javi apretaba la mochila llena de billetes de banco contra él. ¡De pronto, Javi chilló desesperado!

– ¿Qué ocurre? –preguntó Izan.

– ¡Con las prisas he olvidado apagar la estufa eléctrica del cuarto de las herramientas!

– ¡Pues lo que se gaste de electricidad irá a tu cargo! –respondió Izan.

A Javi se le ocurrió una idea: llamaría al seguro para que apagaran la estufa. “Eso, –pensó Javi– seguro que lo debe cubrir el seguro, se trata de una emergencia”. Cogió su teléfono móvil y llamó al número de teléfono del seguro de la casa que tenía memorizado en la agenda de su teléfono.

– Buenos días, le atiende Estefanía, ¿en qué puedo ayudarle? –le contestaron por teléfono después de unos minutos en espera.

– Verá –dijo Javi–, necesito que entren en casa y apaguen la estufa que he dejado encendida en mi habitación.



- ¿Me puede indicar su número de póliza, por favor? –le dijo la voz.
- Pues verá, no la recuerdo, pero el titular es Izan Ros, la casa está en la calle Bergara número 7 –respondió Javi.
- Efectivamente, aquí tengo la póliza, pero lamento informarle que ese servicio que me solicita no queda cubierto por el seguro –le informó Estefanía al otro lado del teléfono.
- ¡¿Cómo que no?! ¡Eso no puede ser, llevamos mucho tiempo con su compañía, no hemos dado ningún parte y no les cuesta nada acercarse a la casa y apagar la estufa! –exclamó indignado Javi.
- Lo siento, señor, pero los seguros cubren situaciones en las que se produzcan daños materiales a los bienes asegurados, pero no averías, uso o desgaste de los aparatos u olvidos, aunque sean involuntarios –respondió tranquilamente Estefanía.
- ¡Imposible! ¡Páseme con un responsable! –gritó nervioso Javi, pensando en el gasto que le iba a suponer su olvido.
- Déjalo Javi, creo que tienen razón –le interrumpió Izan–. De todas formas, cuando regresemos tendrás que leerte el condicionado del seguro para saber qué está cubierto y lo que está excluido.
- Tiene razón, señor, antes de enfadarme debería saber qué tenemos contratado –reconoció Javi.
- Además, ya sabes que si la información no fuera correcta, siempre podremos reclamar –le dijo Izan tranquilamente.

Javi asintió y tomando de nuevo el teléfono, dijo, mucho más calmado:

- Lo siento Estefanía, muchas gracias por su información y disculpe mi enfado.
- No se preocupe, don Javier, gracias a usted por su llamada –se despidió cortésmente Estefanía.

Javi colgó la llamada y se anotó en la agenda, para el futuro, leer el condicionado del seguro. Era algo a lo que nunca le había dado mucha importancia y ahora lamentaba no haberlo hecho antes: se había enfadado innecesariamente, algo de lo que se arrepentía, ya que por teléfono Estefanía sólo le había informado de lo que él ya debería haber sabido.

## Capítulo 1

# Ficha didáctica

---

### *Actividades comunes*

#### *Taller de lectura*

Pueden participar de forma colectiva varios lectores, leyendo cada uno una parte de la historia. Otra forma es repartir los personajes entre varios lectores y elegir un narrador, de forma que cada uno de los participantes lea los diálogos de su personaje.

#### *Debate de decisiones*

Tras la lectura del capítulo, cada participante explica cómo se ha desarrollado su aventura y los motivos por los que cada personaje ha tomado una decisión, estando o no de acuerdo y comparando con los motivos del resto de participantes.

#### *Consumo responsable*

Tras la aparición de pasajes relacionados directamente con la toma de decisiones o referencias a temas de consumo, cada participante puede explicar las que ha encontrado a lo largo del capítulo y qué decisión ha tomado y las conclusiones a las que ha llegado.

# La apuesta de Izan Ros

## *Actividades específicas del capítulo*

Los **temas de consumo** tratados en este capítulo, y las cuestiones relacionadas que se proponen, son los siguientes:

### *1. Las asociaciones de consumidores*

- 1.1. ¿Crees que son importantes las asociaciones de consumidores?
- 1.2. ¿Es mejor comprar lo que nos gusta y luego preguntar o primero saber lo que vamos a comprar?
- 1.3. ¿Dónde se presentan las reclamaciones de consumo?

### *2. El etiquetado de los productos*

- 2.1. ¿Se leen las etiquetas de los productos?
- 2.2. ¿Qué información dan las etiquetas?
- 2.3. ¿Sabes cuáles son los símbolos de peligro en las etiquetas de productos de limpieza?

### *3. Los seguros de hogar*

- 3.1. ¿Para qué sirve un seguro?
- 3.2. ¿Los seguros lo cubren todo?
- 3.3. ¿Qué información hay que recibir cuando se contrata un seguro?



*Capítulo 2*  
**Tras los pasos  
de Izan y Javi**



## Capítulo 2

# Tras los pasos de Izan y Javi

Al abandonar Valencia, Izan Ros no sospechaba el revuelo que provocaría su partida. La noticia de la apuesta se extendió por todas partes. Primero llegó a todos los miembros del Ateneo Mercantil, de ahí pasó a las redacciones de los periódicos, radios y televisiones y, a través de éstos, fue difundida entre todos los ciudadanos del país. El tema de la vuelta al mundo fue comentado y discutido por todos.

Siete días más tarde, a las nueve de la noche, el director de la Policía Nacional en Valencia recibió el siguiente mensaje:

*De Suez a Valencia.*

*Para Alejandro García, director de policía, Jefatura Provincial de Valencia.*

**Sigo al ladrón del banco, Izan Ros.**

**Envíen rápidamente orden de arresto y extradición a Bombay (India).**

*Detective Erik Doménech.*

El efecto del mensaje sobre la opinión pública fue inmediato. De la noche a la mañana, Izan Ros se convirtió en el ladrón de billetes de banco. Su fotografía, que estaba en el Ateneo Mercantil, fue minuciosamente examinada. Se recodó lo misteriosa que era la existencia de Izan Ros, su aislamiento, su repentina marcha, y se hizo evidente, sin lugar a dudas, que el misterioso joven, con el pretexto de un viaje alrededor del mundo y basándose en una extravagante apuesta, no perseguía otro objetivo que jugar al ratón y al gato con la policía, desaparecer del lugar del crimen y vivir en algún lejano país, o bien regresar cuando todo estuviera más calmado o se hubiera capturado a algún sospechoso habitual.

El día 9 de octubre se esperaba la llegada a Suez del Reina Esther, el barco que hacía viajes regulares de Brindisi a Bombay por el canal de Suez. Era uno de los barcos más rápidos que se conocían.

Hasta entonces, Izan Ros y Javi habían recorrido varios países. Tras llegar a Barcelona y París, ambos habían llegado a Génova y, poco después a Roma. Había cruzado ya Francia e Italia, y están a punto de abandonar Europa, ya que en Brindisi iban a embarcar en su primer barco hacia Suez.

Mientras Izan Ros acudió a que le visaran el pasaporte para dejar constancia de su paso por Italia, Javi aprovechó para visitar varios bancos y cambiar euros por otras divisas de los países que iban a visitar.

Javi debía estar atento, y ya le había avisado su jefe Izan Ros para que prestara atención a las comisiones de los bancos. Izan había encargado a Javi que se informara antes en su asociación de consumidores sobre los consejos y advertencias que tenía que tener en cuenta para evitar engaños o problemas con los bancos.

Desgraciadamente, Javi había tenido un problema con su compañía de telefonía móvil y le habían desactivado el servicio. Parece ser que, por error, había estado recibiendo mensajes con noticias que él no había solicitado ni contratado, pero lo que no sabía Javi era cada mensaje les costaba más de 1 euro y, hasta ese momento, había recibido 15 mensajes... ¡al día! Javi no le había dado importancia y los había borrado pensando que sería publicidad, hasta que le llamaron por teléfono de su compañía indicando que debía más de 400 euros y que si no pagaba le desconectaban el servicio.

Javi intentó explicar que él no había solicitado esos mensajes, que no sabía nada de lo que costaban y que no podía ser que le cobraran algo que él no había pedido. Le respondieron que llevaba casi un mes recibiendo esos mensajes y que era muy raro que no se hubiera quejado o hubiera intentado averiguar qué ocurría, cómo solían hacer muchos clientes. Por eso, le indicaron que tenía que pagar la factura o le cortaban la línea.

Javi se enfadó tanto que apagó el teléfono y no lo volvió a encender. Así que cuando Izan le pidió que llamara a la asociación de consumidores no tuvo más remedio que pedirle su teléfono porque el suyo, tal y como le habían dicho, estaba ya fuera de servicio.

Finalmente, y bien asesorado, Javi pudo cambiar sin problemas cinco mil euros en diversas monedas de los países que iban a visitar próximamente. Poco después, Izan Ros y Javi embarcaban en el Reina Esther, con el que atravesarían el Canal de Suez.

A la espera de la llegada del barco, dos hombres paseaban por el muelle de

Suez mezclados entre el bullicio de nativos y extranjeros. Uno de ellos era Enrique Baixauli, el cónsul de España en Suez, y el otro era Erik Doménech, un joven delgado, inteligente pero muy nervioso. Erik parecía impaciente por la llegada del Reina Esther. Hacía pocos días que el director de la policía de Valencia, Alejandro Sánchez, a solicitud del Banco de España le había mandado una completa descripción del autor del robo del banco, ya que no poseían huellas o ADN para contrastar con posibles sospechosos.

– ¿Cuánto tiempo permanecerá el barco amarrado en Suez? –preguntó Erik al cónsul.

– Cuatro horas. Y desde aquí irá directamente a Bombay.

El cónsul volvió a su despacho, que se hallaba a poca distancia del muelle, y Erik se quedó solo. Impaciente, reflexionaba sobre los posibles pasos que podría dar el ladrón. Sin embargo, sus pensamientos pronto se vieron interrumpidos por los silbidos de la sirena que anunciaba la llegada del barco. A las once, el Reina Esther atracó en el puerto.

Parecía que había bastantes pasajeros a bordo. Algunos de ellos permanecieron en cubierta contemplando las vistas de la ciudad, aunque muchas personas desembarcaron y subieron a los autobuses que estaban preparados para hacerles una visita guiada por los monumentos y atracciones de Suez.

Erik estudiaba a cada uno de los individuos que pisaba tierra. De repente, uno de los pasajeros se le acercó y, con mucha educación, le preguntó si podía decirle dónde estaban las oficinas del cónsul español. Al tiempo que le hacía la pregunta, el pasajero le mostró un pasaporte en el cual el cónsul debía poner el visado.

Erik tomó el pasaporte y lanzó una rápida ojeada. Tras leer las señas y características del titular, el detective no pudo reprimir un gesto involuntario. El papel tembló en su mano. Lo que estaba leyendo se correspondía exactamente con los datos que le había mandado el director de la policía española y la Interpol.

– Este pasaporte no es suyo –dijo al pasajero.

– Es el pasaporte de mi jefe –contestó Javi.

– ¿Dónde está su jefe? –preguntó Erik.

– A bordo del barco.



– Pues debe presentarse personalmente en las oficinas del consulado para que se pueda comprobar su identidad –advirtió Erik.

– ¿Es necesario?

– Por supuesto. Es indispensable –aseguró Erik.

– Entonces, tendré que volver al barco para buscar a mi jefe, aunque no creo que todo esto le guste demasiado –dijo el pasajero, al tiempo que saludaba a Erik y regresaba al barco.

Sin perder tiempo, Erik se dirigió a las oficinas del cónsul y le puso al corriente del encuentro que había tenido con el ayudante de Izan Ros.

–Si se trata de quien usted supone, quizá no se presente en mi oficina –advirtió el cónsul-. Tenga en cuenta que a un ladrón no le gusta dejar rastro. Por otro lado, la formalidad del visado ha dejado de ser obligatoria en muchos países.

– Si es un hombre listo, vendrá a las oficinas. Estoy convencido de que pretende esconderse en algún país lejano donde todavía es obligatorio el visado oficial. Seguramente, el pasaporte estará en regla, aunque espero que usted no lo autorice –continuó Erik.

– ¿Por qué motivo? Si está en regla, no podré oponerme a visarlo –dijo el cónsul.

– Sin embargo, señor cónsul, le ruego que retenga a ese hombre hasta que llegue la orden de arresto desde España.

– Eso es cosa suya, Erik, yo no puedo... –el cónsul no pudo terminar la frase.

En aquel preciso instante entró por la puerta el ayudante con quien había hablado anteriormente el detective, acompañado de su jefe. Éste entregó en mano su pasaporte al cónsul para que le pusiera el visado.

– ¿Es usted Izan Ros? –preguntó el cónsul tras leer atentamente el pasaporte.

– En efecto, señor.

– ¿Y él es su ayudante y empleado? –volvió a preguntar el cónsul.

– Sí.

– ¿Vienen desde Valencia?

– Sí, señor –contestó Izan–, tras pasar por Barcelona, Génova, Roma y Brindisi.

– ¿Y hacia dónde se dirigen? –siguió interrogando el cónsul.

– Hacia Bombay –respondió Izan.

– Está bien, señor. Debo informarles de que no es necesario presentar el pasaporte.

– Ya lo sé –dijo Izan Ros–. Pero quiero demostrar con su visado que he pasado por Suez.

El cónsul firmó, fechó y selló el pasaporte. Poco después, Izan se despidió fríamente y se marchó con su ayudante.

– Tiene todo el aspecto de ser un hombre honrado –dijo el cónsul al detective.

– Quizá, pero coincide rasgo por rasgo con las características personales del ladrón que me mandaron desde Valencia y la Interpol –dijo Erik.

– De acuerdo. Sin embargo, puede ser una coincidencia...

– Pronto lo sabré. El ayudante parece más accesible que el jefe. Además, es joven, así que no podrá tener la boca cerrada. Hasta luego, señor cónsul.

Dicho esto, Erik fue al encuentro de Javi.

Mientras, Izan, después de salir del consulado, se había dirigido al puerto. Allí dio algunas instrucciones a su empleado, y volvió a bordo del Reina Esther, metiéndose en su camarote. Tomó allí su libro de anotaciones, que llevaba los siguientes apuntes:

*“Salida de Valencia, el miércoles 2 de octubre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.*

*“Llegada a Barcelona, el jueves 3 de octubre a las diez y veinte de la noche.*

*“Llegada a París, el jueves 3 de octubre a las once y treinta de la mañana.*

*“Llegada a Roma, el viernes 4 de octubre a las siete y veinte minutos de la mañana.*

*“Llegada a Brindisi el sábado 5 de octubre a las cuatro de la tarde.*

*“Embarcado en el Reina Esther, el sábado a las cinco de la tarde.*

*“Llegada a Suez, el miércoles 9 de octubre a las once de la mañana.*

*“Total de horas transcurridas, ciento cincuenta y ocho y media, o sea seis días y medio”.*

Izan Ros escribió estas fechas en un itinerario dispuesto por columnas, que indicaba, desde el 2 de octubre hasta el 21 de diciembre, el día de la semana, el del mes, las llegadas reglamentarias y las efectivas en cada punto principal, Barcelona, París, Roma, Brindisi, Suez, Bombay, Calcuta, Singapur, Hong Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva York, Valencia; y que permitía calcular el tiempo ganado o perdido cuando llegase a cada ciudad. De esta forma, Izan sabía siempre si adelantaba o atrasaba.

Por lo tanto, aquél 9 de octubre anotó su llegada a Suez. Al coincidir con la llegada reglamentaria, no le representaba ni ganancia ni pérdida de tiempo.

Después pidió que le llevaran la comida al camarote. Ni siquiera se le ocurrió visitar la ciudad, ya que estaba más concentrado en sus itinerarios, horarios y trayectos de trenes y barcos, que de visitar las ciudades por las que pasaba.

Mientras tanto, en tierra Erik no tardó en encontrar a Javi, que paseaba por el muelle observando a un lado y a otro.

– ¿Qué tal, amigo?—lo abordó Erik—. ¿Les han visado el pasaporte?

– ¡Ah, es usted! —exclamó, sorprendido, Javi—. Todo en regla.

– ¿De visita? —preguntó Erik.

– Sí, pero va todo tan rápido que parece que viajemos en sueños. ¿Estamos en Suez, verdad?

– Sí, en Suez.

– ¿En Egipto?

– Claro, en Egipto.

– Es decir, en África.

– En África —respondió Erik—. Parece que tienes mucha prisa, ¿no?

– Yo no, mi jefe. Por cierto, tengo que comprar calcetines y camisas. Nos marchamos sin maletas. Sólo nos llevamos una mochila de viaje.

Entonces, Erik le propuso acompañarlo a un bazar donde podría encontrar todo lo que le hiciera falta. Durante el trayecto, Javi habló por los codos. Al cabo de un rato, Erik le preguntó:

– ¿Hacia dónde quiere ir tu jefe?

– ¡Hacia delante! ¡A dar la vuelta al mundo! —exclamó Javi—. Y en sólo ochenta

días. Se trata de una apuesta, aunque la verdad es que yo no me creo nada.

– Entonces debe ser un hombre rico –comentó Erik.

– ¡Claro! Lleva encima una considerable suma de billetes de banco, ¡todos nuevos! Incluso ha prometido una espléndida prima al capitán del Reina Esther si llegamos a Bombay antes de tiempo.

Aquella precipitada marcha de Valencia poco después del robo, la gran suma de dinero que transportaba, la prisa por llegar a países lejanos, la excusa de una apuesta ridícula... Todo parecía coincidir y confirmar las sospechas de Erik. Durante toda la conversación, el detective tuvo la certeza de que Izan Ros no desembarcaría en Suez y de que, efectivamente, se dirigía a Bombay.

– ¿Está muy lejos Bombay? –preguntó de repente Javi.

– Bastante lejos –dijo el detective–. En la India.

– ¿En Asia?

– Naturalmente.

– ¡Caramba! Debo decirle que hay algo que no me deja dormir, que me atormenta... ¡Mi estufa!

– ¿Tu estufa?

– La estufa eléctrica del cuarto de herramientas, que gasta a mi costa. He calculado que, al precio que está la electricidad, me costará seis euros más de lo que gano. Y, encima, la última factura de electricidad que enviaron, no había forma de entender nada: que si lectura real, que si lectura estimada, alquiler de contador... –Javi parecía que hablaba sólo.

– Hum, hum... –fue todo lo que contestó Erik, absorto en sus pensamientos.

– ¿Tú miras las facturas? –siguió hablando Javi– Porque yo las reviso todas. Fíjate que el mes pasado, sin ir más lejos, me di cuenta que me habían cobrado una barbaridad. ¡Y todo porque se habían equivocado con la lectura del contador! Tuve que poner una reclamación para volvieran a revisarlo y que me devolvieran el dinero que me habían cobrado de más. Menos mal que miro las facturas, que si no...

Probablemente, Erik no entendió de qué le hablaba. El detective dejó que Javi realizara sus encargos en el bazar y le recomendó que no llegara tarde a la partida del Reina Esther. Después, regresó corriendo a las oficinas del cónsul.

– Señor –dijo Erik cuando llegó ante el cónsul–, no hay duda de que es mi hombre se hace pasar por un maniático que pretende dar la vuelta al mundo en ochenta días.

– ¿Y qué vas a hacer? –preguntó el cónsul.

– Mandaré un mensaje urgente a Valencia para que me envíen la orden de arresto y extradición a Bombay. Embarcaré en el Reina Esther, perseguiré a Izan Ros hasta la India y, una vez allí, lo arrestaré con la orden en la mano.

Acto seguido, el detective se despidió del cónsul y desde la oficina de su secretaria mandó un mensaje al director de la policía de Valencia y los responsables del Banco de España que le habían contratado.

Quince minutos más tarde, Erik, sin apenas equipaje, embarcó en el Reina Esther, dispuesto a surcar las aguas del Mar Rojo.

La mayor parte de los pasajeros que habían embarcado en Brindisi se dirigían hacia la India. Algunos iban a Bombay y otros a Calcuta, vía Bombay. A bordo se tocaba música e incluso se bailaba cuando el mar lo permitía.

Sin embargo, el Mar Rojo era caprichoso y solía ser traicionero. Cuando el viento soplabá, fuese desde la costa asiática o desde la africana, el Reina Esther se balanceaba de una forma terrible. Entonces los pasajeros desaparecían, los músicos se retiraban a sus camarotes y los espectáculos y los bailes se interrumpían. Sin embargo, a pesar de las ráfagas de viento y el oleaje, el barco, movido por su poderosa máquina, corría a toda prisa hacia el estrecho de Mandeb y llegar al océano Índico.

¿A qué se dedicaba Izan Ros mientras tanto? Pues seguía impasible. Apenas se le podía ver en cubierta. Se dedicaba a tomar sus cuatro comidas diarias y a jugar al ajedrez. Había encontrado compañeros para el juego tan rabiamente aficionados como él: una inspectora de la Agencia Tributaria que estaba de vacaciones, Carmen Pineda; una publicista y asesora de imagen, Natalia Moreno; el reverendo argentino Emilio Castro, que regresaba a Bombay, y un oficial del ejército español en misión humanitaria, Diego Santana. Estos cuatro amigos tenían por el ajedrez igual pasión que Izan, y jugaban horas enteras en tanto silencio como él.

Javi ocupaba la cabina que estaba enfrente de la de Izan Ros. Se dedicaba a comer a conciencia y a sacar provecho del viaje. Bien alimentado y bien instalado, conocía países e intentaba convencerse de que aquella fantasía finalizaba en Bombay.

Javi no tardó en encontrar en la cubierta a aquel individuo amable al que se había dirigido al desembarcar en Egipto.

– ¿No es usted el que tan amablemente me guió en Suez? –preguntó Javi.

– ¡Y usted, el ayudante del valenciano maniático? –simuló sorprenderse Erik.

– Encantado de volver a verte –dijo sinceramente Javi–. ¿A dónde vas?

– A Bombay, igual que vosotros.

Tras este encuentro, Javi y Erik quedaron en varias ocasiones para charlar. Cuando se encontraban en el bar del barco, el detective le invitaba a unos refrescos y el joven aceptaba encantado. Para Javi, Erik era un buen amigo.

Mientras, el barco avanzaba rápidamente. El día 13 llegaron a Al Mokha, ciudad de Yemen encerrada tras sus murallas en ruinas, por encima de las cuales sobresalían algunas palmeras verdes. Javi estaba entusiasmado contemplando aquella ciudad tan extraña y apartada de la ruidosa civilización.

– Si pudiera –pensó Javi–, me compraría un terreno en el campo y me construiría una cabaña de madera. Cuidaría de mi jardín y tendría un perro con el que jugar todos los días.

Javi suspiró, pero con la esperanza de que algún día podría conseguir su sueño.

La siguiente noche cruzaron el estrecho de Mandeb, nombre que en árabe significa “la puerta de las lágrimas”. Todavía quedaban mil seiscientos cincuenta millas náuticas para llegar a Bombay y el Reina Esther debía detenerse alrededor de unas cuatro horas en Salalah, al suroeste de Oman, para recoger nuevos turistas.

Allí, Izan Ros y Javi desembarcaron, seguidos de Erik. Izan deseaba visar de nuevo el pasaporte y luego regresó al barco para continuar su partida de ajedrez. Sin embargo, estando todavía en tierra, comprobó que su teléfono móvil había dejado de funcionar. A pesar de que el teléfono estaba encendido, no recibía ningún tipo de señal ni conseguía conectarse a Internet. Erik le prestó amablemente su teléfono para llamar a su compañía.

– Disculpe, soy Izan Ros, cliente de su compañía. Verá, tengo una incidencia en el servicio, me funciona el teléfono pero no hay señal ni conexión a la red.

– Señor Ros, soy Lucía González, un momento y reviso los datos –dijo la operadora–. Por lo que me aparece en su ficha, usted solicitó el cambio de compañía y hoy se ha realizado la portabilidad, por lo que le hemos dado de baja.

Deberá utilizar la tarjeta que le haya enviado su nueva compañía.

– Debe haber algún tipo de error, señorita, ya que no ha pedido ningún cambio, ni he recibido nada. Además, estoy fuera de España.

– Lo lamento, tendrá que reclamar a su nueva compañía, señor Ros. Buenas tardes –se despidió la operadora.

Izan, tranquilamente, devolvió el teléfono a Erik agradeciéndole el favor.

– No hay duda que, cuando vuelva a Valencia –dijo Izan–, tendré que ir a mi asociación de consumidores para aclarar esto y reclamar por lo ocurrido. Lo que está claro es que, de momento, me he quedado sin teléfono.

Javi, en cambio, paseó muy contento entre la población, descubriendo una ciudad insólita conocida como la capital árabe del perfume y con las ruinas de un antiguo palacio de la reina de Saba.

A las seis de la mañana, el Reina Esther partía de nuevo. Se calculaba que necesitaría ciento sesenta y ocho horas para realizar la travesía entre Adén y Bombay. Por otra parte, el tiempo en el océano Índico era agradable y pudieron marchar a toda máquina. Javi, por otro lado, estaba encantado con la amable compañía de Erik.

El domingo 20 de octubre, hacía el mediodía, se divisó la costa de la India. Las palmeras que recorrían la ciudad no tardaron en descubrirse. El barco entró en la bahía formada por las islas Elefanta y Carnicero, y poco después se aproximaba al puerto de Bombay.

El Reina Esther tenía previsto llegar a Bombay el 22 de octubre. Sin embargo, llegó el 20, gracias a la prima prometida al capitán y a la tripulación. Izan Ros, por tanto, ganó dos días.

Hacia las cuatro y media, los pasajeros desembarcaban en Bombay. El tren de Calcuta salía a las ocho en punto. Por eso, Izan Ros se despidió de sus compañeros de juego, abandonó el barco, encargó a Javi que hiciera algunas compras y le advirtió que antes de las ocho debían encontrarse en la estación de tren.

¡Estaba claro que esta vez tampoco tenía intención de visitar la ciudad!

## Capítulo 2

# Ficha didáctica

---

### *Actividades comunes*

#### *Taller de lectura*

Pueden participar de forma colectiva varios lectores, leyendo cada uno una parte de la historia. Otra forma es repartir los personajes entre varios lectores y elegir un narrador, de forma que cada uno de los participantes lea los diálogos de su personaje.

#### *Debate de decisiones*

Tras la lectura del capítulo, cada participante explica cómo se ha desarrollado su aventura y los motivos por los que cada personaje ha tomado una decisión, estando o no de acuerdo y comparando con los motivos del resto de participantes.

#### *Consumo responsable*

Tras la aparición de pasajes relacionados directamente con la toma de decisiones o referencias a temas de consumo, cada participante puede explicar las que ha encontrado a lo largo del capítulo y qué decisión ha tomado y las conclusiones a las que ha llegado.



# Tras los pasos de Izan y Javi

## *Actividades específicas del capítulo*

Los **temas de consumo** tratados en este capítulo, y las cuestiones relacionadas que se proponen, son los siguientes:

### *1. Los servicios de tarificación adicional*

- 1.1. ¿Es correcto pagar por recibir mensajes en el móvil que no has solicitado?
- 1.2. ¿Crees que las empresas regalan cosas sin recibir nada a cambio?
- 1.3. ¿Te fiarías de alguien o de una empresa que no conoces?

### *2. Las comisiones bancarias*

- 2.1. ¿Es bueno tener el dinero en un banco?
- 2.2. ¿Sabes lo que son las comisiones?
- 2.3. ¿Se pueden devolver las comisiones una vez cobradas?

### *3. Las facturas de los servicios*

- 3.1. ¿Para qué sirven las facturas?
- 3.2. ¿Es mejor tirarlas directamente al contenedor de papel o leerlas antes?
- 3.3. ¿Qué hacemos si no estamos conformes con una factura?

### *4. La portabilidad en la telefonía*

- 4.1. ¿Sabes qué es la portabilidad?
- 4.2. ¿Por qué las compañías no quieren que nos vayamos?
- 4.3. ¿Sabes qué es la permanencia?



*Capítulo 3*  
**El rescate de  
la princesa  
Leyre**



## Capítulo 3

# El rescate de la princesa Leyre

Al salir de la oficina de pasaportes, Izan se dirigió a la estación. Una vez allí, entró en un restaurante y pidió que le sirvieran la cena. El camarero del establecimiento creyó oportuno recomendarle un guisado de conejo típico del país, que parecía ser exquisito.

Izan aceptó de buen grado la recomendación y saboreó el plato a conciencia. Sin embargo, a pesar de la salsa picante, lo encontró detestable.

– ¡Disculpe! –llamó al camarero–. ¿Esto es conejo?

– Sí, señor –contestó amablemente el camarero–. Conejo salvaje.

– ¿Y no maulló cuando lo mataron?

– ¿Maullar, señor? ¡Oh! Le puedo asegurar que...

– No asegure nada –contestó Izan– y tenga en cuenta que, antiguamente, en la India los gatos eran considerados animales sagrados. Eran mejores tiempos.

– ¿Para los gatos, señor?

– ¡Y quizá para los viajeros! –concluyó Izan Ros, tranquilamente.

El camarero encogió los hombros y, poco después, le entregó la cuenta. Izan, viendo la falta de atención, lo abultado de la cuenta y el engaño, solicitó la hoja de reclamaciones. Al principio, el camarero intentó convencerle de que no había motivo para reclamar, que todo el servicio fue correcto, pero evidentemente Izan no estaba de acuerdo. Insistió en pedir la hoja de reclamaciones y por fin se las entregaron.

Mientras Izan estaba rellenando las hojas, apareció el propietario del restaurante que, sabiendo que el cliente tenía razón, le ofreció cancelar la cuenta e invitarle a comer. Izan, cortésmente le agradeció el ofrecimiento y quedó el asunto resuelto.

Por su parte, el detective Erik, tras desembarcar fue al despacho del director de policía de Bombay. Después de darse a conocer y explicar la misión que le habían encomendado, preguntó si se había recibido una orden de arresto y extradición desde España. No se había recibido nada. Erik, desconcertado, quiso obtener del director una orden de arresto contra Izan, pero le fue denegada. Era asunto que competía a la policía española, siendo sólo ella quien podía solicitar legalmente una orden de prisión. Erik no insistió, y comprendió que debía resignarse a esperar la orden.

Mientras, Javi, tras comprar algunas camisas, pantalones y calcetines, paseaba por las calles de Bombay. Estaban repletas de gente. Precisamente aquél día, los parsis, que son los miembros de una comunidad religiosa que habitan en el oeste de la India, especialmente en la ciudad de Bombay y que descienden de los persas que emigraron a la India, celebraran una especie de carnaval religioso con procesiones. En ellas había bailarinas que danzaban al son de la música vestidas con gasas rosadas bordadas de oro y plata.

Por desgracia para él y para su jefe, cuyo viaje corría el riesgo de comprometer, su curiosidad lo llevó más lejos de lo esperado. Tras el carnaval, Javi quiso dirigirse a la estación. Sin embargo, al pasar frente a la increíble pagoda de la colina de Malabar, tuvo la desafortunada idea de visitar su interior sin tener en cuenta dos detalles: que la entrada en algunas pagodas hindúes queda terminantemente prohibida a los europeos y que los propios creyentes deben dejar su calzado a la entrada.

Javi entró distraído, como un simple turista, hasta que de repente se vio derribado sobre el pavimento sagrado. Tres sacerdotes enfurecidos se habían precipitado sobre él. Le arrancaron los zapatos y los calcetines y comenzaron a golpearle al tiempo que gritaban salvajemente.

El joven consiguió levantarse y escabullirse de dos de sus adversarios. Después, salió de la pagoda todo lo deprisa que sus piernas le permitieron y logró distanciarse del tercer hindú, que había salido a darle caza.

Cinco minutos antes de la partida del tren, descalzo, con la roja hecha jirones y habiendo perdido las compras que había realizado, Javi llegó a la estación de ferrocarril.

Erik también estaba en la estación, sabiendo que su hombre se disponía a abandonar Bombay y que no podía impedirlo sin la orden de arresto. Escondido, escuchó y observó atentamente a Javi y a Izan.

El ayudante contó a su jefe el incidente de la pagoda.

– Espero que esto no vuelva a suceder –respondió Izan Ros, mientras se acomodaba en uno de los vagones del tren.

El detective estaba a punto de subir a otro vagón, pero al escuchar la conversación se le ocurrió una idea mejor que le hizo cambiar de planes.

– ¡No! ¡Voy a quedarme! –dijo–. Un delito cometido en territorio indio... ¡Ya lo tengo!

El tren partió a la hora reglamentaria, con un fuerte silbido. Javi ocupó el mismo compartimento que su jefe. Llevaba muchos viajeros, algunos eran turistas, funcionarios y comerciantes. Javi ocupaba el mismo compartimento que su jefe. Un tercer viajero, que estaba en el rincón opuesto, les saludó amablemente.

Era el oficial del ejército español en misión humanitaria, Diego Santana, uno de los compañeros de juego de Izan Ros durante la travesía de Suez a Bombay, que iba a reunirse con su destacamento cerca de Benarés.

Diego Santana, alto, moreno y con gafas, de veinticuatro años de edad, se había distinguido en anteriores misiones de la ONU. Además, había visitado en varias ocasiones la India y conocía sus costumbres, organización y geografía.

De vez en cuando, Diego Santana e Izan Ros cruzaban algunas palabras, y en este momento el oficial, procurando animar la escasa conversación, dijo:

– Hace algunos años, Izan, que hubierais tenido aquí un retraso que seguramente habría comprometido vuestro viaje.

– ¿Por qué, Diego?

– Porque el ferrocarril terminaba al pie de estas montañas, que era necesario atravesar a caballo hasta la estación de Kandallah, situada en la vertiente opuesta.

– Ese retraso no hubiera alterado el plan de mi programa –respondió Izan–. No he dejado de tener en cuenta posibles obstáculos.

– Sin embargo, Izan –repuso el oficial–, habéis estado a punto de echarlo todo a perder por la aventura de vuestro joven ayudante.

Javi, con los pies envueltos en la manta de viaje, dormía profundamente, sin imaginar que hablaban de él.

– El gobierno hindú es muy severo con ese tipo de delitos –repuso Diego–. Su principal preocupación es que se respeten las costumbres religiosas y si hubiesen pillado a vuestro ayudante...

– Y aún cogiéndole Diego –respondió Izan– le habrían condenado y después de cumplir su pena hubiera vuelto tranquilamente a Europa. ¡No veo por qué ese asunto tendría que perjudicarme!

Y con esto la conversación se enfrió de nuevo. Al caer la noche, el tren llegó a Nasik, en el estado de Maharashtra de la India. El 21 de octubre cruzaba una zona prácticamente llana formada por el territorio de Khandeish. A Javi, ya despierto, le parecía increíble estar atravesando el país de los hindúes. Se veían inmensos terrenos que se expandían hasta donde la vista ya no alcanzaba, junglas en las que no faltaban ni serpientes ni tigres –asustados por el sonido de la locomotora– y bosques cortados por la vía del ferrocarril y frecuentados por elefantes.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, a apenas veinticinco kilómetros de la estación de Rothal, el tren se detuvo en medio de un extenso claro del bosque rodeado de chozas y cabañas de trabajadores. El revisor recorrió los distintos vagones gritando:

– ¡Fin del recorrido! ¡Los pasajeros deben bajar del tren!

Izan Ros miró a Diego Santana, quien no parecía entender qué estaba sucediendo. Javi descendió a la vía y, pocos segundos después, regresó diciendo:

– ¡Se han acabado los raíles!

– ¿Qué quieres decir? –preguntó el oficial.

– Que el tren se detiene aquí, no se puede continuar su trayecto.

– La vía del tren no está terminada –explicó el revisor–. Falta un trozo de ochenta kilómetros entre este punto y Allahabad, lugar en el que comienza de nuevo.

Diego estaba furioso. Javi no se atrevía a mirar a su jefe, sabiendo que este retraso les impediría llegar a tiempo.

– Diego –dijo Izan–, si te parece bien, vamos a buscar algún medio de transporte que nos lleve hasta Allahabad, para poder continuar nuestro viaje.

Así, Izan y el oficial Diego Santana buscaron, sin éxito, algún vehículo que los transportara.

Mientras, Javi llamó al revisor para quejarse de la falta de información, ya que de haberlo sabido podrían haber previsto otra forma de llegar a Calcuta y no perder así el barco a Hong Kong. El revisor se encogió de hombros.

– Lo lamento, caballero, pero todos los viajeros habituales conocen el estado de la vía.

– ¡Sí! –dijo Javi–, ¡pero nosotros no somos viajeros habituales! ¡Qué les costaba decirlo cuando se compra el billete, o anotarlo en el mismo billete! No había ni un solo cartel que avisara de la interrupción de la vía.

– Ya le digo que lo siento –se disculpó el revisor–, pero no hay vía, no puedo hacer nada.

En vista de la situación, Javi pidió la Hoja de Reclamaciones y anotó lo ocurrido, pidiendo la devolución de los importes del billete y de cualquier otro gasto que pudieran hacer hasta llegar al lugar de destino del billete.

Javi ya había aprendido lo importante que era guardar todos los resguardos, tickets y facturas y hacer la reclamación en el sitio donde ocurriera el problema, así que esperó a que le sellaran la Hoja de Reclamaciones y le dieran su copia. Además, pidió al revisor que le diera un documento donde certificara que la vía no estaba terminada. Así, seguro que podría reclamar en condiciones.

Cuando acabó y guardó todos los papeles y buscó también por su cuenta alguna solución para llegar a Calcuta a tiempo.

Los pasajeros habituales que habían bajado del tren y conocían el estado de la vía, ya habían reservado con tiempo todos los carros, caballos y transportes que podían encontrarse en el poblado, por lo que Izan y Diego regresaron sin haber encontrado nada disponible.

– Señor, creo que acabo de encontrar un medio de transporte –dijo Javi convencido a Izan.

– ¿Cuál?

– ¡Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien metros de aquí!

Al cabo de cinco minutos llegaron a la cabaña y el indio les acompañó a una cerca donde tenía a su elefante, medio domesticado y de nombre Keko, que podía hacer durante mucho tiempo una marcha rápida. A falta de otro medio de transporte, Izan decidió que sería un buen medio para llegar a Calcuta. En realidad, era el único.



Al principio, el indio se negó a venderles su elefante, ya que son una fuente de ingresos importante para sus propietarios. Izan insistió y ofreció por el animal un precio desorbitado; el indio, sin embargo, no cedía. Finalmente, el dueño del elefante se rindió cuando Izan le ofreció tres mil euros, una fortuna en ese país, y, de este modo, el negocio se cerró.

Ahora sólo necesitaban encontrar un guía. Un joven de aspecto audaz se ofreció a acompañarlos, conocía bien el oficio y el camino. Cubrió con una especie de manta los lomos del elefante y colocó en cada lado dos especies de cestos de mimbre bastante poco confortables.

Diego Santana tomó asiento en uno de los cestos e Izan Ros en el otro. Javi montó encima del lomo del elefante, entre su jefe y el oficial. El guía se colocó sobre el cuello del elefante, y a las nueve salían del poblado y se adentraban por el camino más corto en la frondosa selva de plataneros.

Aquél día recorrieron unos cuarenta kilómetros, pero aún les faltaba una distancia parecida hasta la estación de Allahabad, ciudad que estaba situada en la confluencia de los ríos Ganges y Yamuna. La noche era fría. Se detuvieron a descansar en una cabaña en ruinas y a las seis de la mañana iniciaron de nuevo la marcha.

El guía prefería viajar resguardándose en el bosque. Hasta entonces no habían tenido ningún percance, pero de repente el elefante se detuvo en medio del camino con signos de estar inquieto.

– ¿Qué sucede? –preguntó el oficial.

El guía saltó al suelo, ató el elefante a un árbol y se adentró en el bosque. Instantes después regresó y dijo:

– Es una procesión religiosa de una secta hindú que se dirige hacia aquí. Deberíamos ocultarnos.

Izan, Diego y Javi observaron a través de las ramas el curioso cortejo que formaba parte de aquella ceremonia religiosa.

En primer lugar iban los sacerdotes, rodeados por hombres, mujeres y niños que entonaban una especie de cánticos fúnebres. Tras ellos, sobre un carro de anchas ruedas, apareció una estatua horrorosa tirada por una especie de apacibles bueyes. La estatua tenía ocho brazos, el cuerpo embadurnado de un rojo oscuro, la mirada furiosa, el cabello enmarañado, la lengua colgando y los labios pintados. Un collar de calaveras le rodeaba la garganta y su busto

estaba envuelto por un cinturón de manos humanas.

Diego Santana reconoció aquella estatua.

– ¡La diosa Kali! ¡Es la diosa del amor y de la muerte!

Alrededor de la estatua se agitaba y se movía un grupo de ancianos faquires. Tras ellos, algunos sacerdotes arrastraban a una joven que apenas podía sostenerse. Detrás de la joven, unos guardias armados con sables transportaban un cadáver encima de una litera.

– ¡Un suttty! –dijo apenado Diego, volviéndose hacia el guía.

– ¿Qué es un suttty? –preguntó Izan.

– Un sacrificio humano, aunque es voluntario. Esta mujer que hemos visto será quemada mañana temprano –contestó Diego.

– ¿Y el cadáver que transportan? –volvió a preguntar Izan.

– Es el del príncipe, su marido –respondió el guía.

El guía les contó algunos detalles de la víctima. Era de origen europeo, hija de ricos comerciantes de Bombay y conocida por su enorme belleza. Había recibido una educación occidental aunque había llegado muy joven a la India. Se llamaba Leyre.

La joven se quedó muy pronto huérfana y la obligaron a casarse contra su voluntad con un viejo maharajá de las montañas. Tres meses después enviudó, y sabiendo cuál sería su destino, se escapó, pero fue alcanzada en su fuga. Los parientes del maharajá, que tenían interés en su muerte para quedarse con todas sus posesiones, la condenaron a este tormento, del cual era difícil que escapara.

– ¡Pobrecilla! ¡Quemada viva! –dijo Javi– ¡Miserables!

– ¿Y si salvamos a esa joven? –propuso Izan–. Aún me sobran doce horas.

– Veo que tiene corazón –insinuó Diego.

– Algunas veces –respondió Izan–. Cuando me sobra tiempo.

Era una empresa atrevida y peligrosa. El joven Izan estaba dispuesto a arriesgar su vida, su libertad y el éxito de su apuesta por salvar a la princesa Leyre de una muerte horrorosa y segura.

– Deben saber –comentó el guía– que si nos descubren no sólo podemos

morir, sino que nos exponemos a sufrir terribles torturas.

Discutieron la manera de llegar hasta la víctima. Mientras, Javi, sentado en las ramas, daba vueltas a una idea que desde un principio se le había cruzado por la cabeza con la rapidez de un relámpago.

Finalmente, se decidió que el guía conduciría por la noche a Keko, el elefante, hacia la pagoda de Pillaji, donde se celebraría a la mañana siguiente el rito mortal.

Llegado el momento, Izan y sus compañeros se mezclaron entre la multitud de asistentes para intentar liberar a la princesa, pero pasaban las horas y no encontraban ningún acceso que no estuviera fuertemente vigilado por hombres armados.

Ni siquiera las fiestas y celebraciones rituales que se realizaron por la noche provocaron que los guardias bajaran su vigilancia. Diego e Izan veían cómo llegaba la hora del tormento sin posibilidad alguna de rescatar a la víctima.

Finalmente empezó a amanecer y, esperando alguna última oportunidad, llegaron a la orilla de un río y se detuvieron a menos de cincuenta metros de la pila de maderas que se convertiría, poco después, en la hoguera ritual, donde ya reposaba el cuerpo sin vida del maharajá.

A través de la penumbra, descubrieron a la princesa, completamente inmóvil, tendida al lado del cadáver de su esposo. Luego, con el rostro desencajado por lo que estaba a punto de suceder, vieron cómo un hindú acercó una antorcha impregnada de aceite y la madera comenzó a arder.

Lamentablemente, no habían podido evitar el terrible destino de la bella princesa Leyre.

De repente, se alzó un grito de terror. La multitud se precipitó al suelo, horrorizada. El príncipe no estaba muerto: todos lo vieron levantarse de pronto como un fantasma, tomar a su joven esposa en brazos y descender de la hoguera en medio del humo, que le daba una apariencia fantasmal.

Los faquires, los guardias y los sacerdotes, atemorizados, permanecían con la cara contra el suelo, sin atreverse a levantar la vista y contemplar aquél milagro de los dioses.

La joven princesa pasó entre la gente, transportada por los fuertes brazos que la llevaban sin dar la impresión de que se tratase de una carga pesada.

El resucitado fantasma se acercó al lugar en el que se encontraban Izan y el oficial Diego Santana y, sin apenas vocalizar, les dijo:

– ¡Huyamos!

¡Era el propio Javi quien se había deslizado hasta la hoguera, en medio del denso humo! ¡Era Javi quien, aprovechando la oscuridad que aún reinaba de madrugada, había salvado de la muerte a aquella joven! ¡Era Javi quien, representando su papel de forma audaz, en medio del espanto general, había reemplazado al maharajá cambiando sus ropas!

Segundos después, los cinco desaparecieron en el bosque y el elefante Keko los alejó al trote. Sin embargo, los gritos, los lamentos e incluso una bala que alcanzó la mochila del guía, los advirtieron de que el engaño había sido descubierto.

En efecto, sobre la hoguera se encontraba el cuerpo inmóvil del príncipe. Los sacerdotes, recuperados del susto, comprendieron que acababa de producirse el secuestro de la princesa. Por suerte, los raptores huyeron rápidamente con Keko y, pocos instantes después, estaban fuera del alcance de las balas y las piedras que les lanzaban los fieles.

Unas horas después, el guía anunció la llegada a la estación de Allahabad. El tren estaba a punto de abandonar la estación. Izan pagó al guía el salario acordado y le regaló a Keko por su valentía y su buen trabajo. Instantes después, Izan Ros, el oficial del ejército Diego Santana, Javi y la princesa Leyre, instalados en un confortable vagón, se dirigían hacia Benarés, ciudad en la que debía bajarse el oficial para reunirse con su batallón.

Durante el trayecto en tren, la joven princesa recobró el conocimiento. ¡Menuda sorpresa se llevó al encontrarse en el tren, en aquel compartimento, vestida a la europea y en medio de viajeros que le eran completamente desconocidos!

Comenzaron sus compañeros por ofrecerle un poco de agua y después fue el oficial Diego Santana quien le contó lo ocurrido. Insistió sobre la decisión de Izan Ros que no había dudado en comprometer su vida para salvarla, y sobre todo, en el fabuloso rescate debido a la audaz imaginación de Javi.

Izan Ros dejó hablar a Diego sin decir una palabra. Javi, sonrojado, repetía que la cosa no había sido para tanto. Leyre dio las gracias a sus rescatadores y sus hermosos ojos expresaron también su agradecimiento. Sin embargo,

el recuerdo de lo sucedido y de los peligros que la amenazaban todavía en aquél país entristeció su mirada.

Izan adivinó los pensamientos de Leyre y, para tranquilizarla, le ofreció con mucha serenidad conducirla a Hong Kong, donde podría alojarse hasta que este asunto se olvidase.

Leyre aceptó la oferta con gratitud. Causalmente, residía en Hong Kong uno de sus parientes, que era, además, uno de los principales empresarios de la ciudad y que podría ayudarla.

A las doce y media el tren se detenía en la estación de Benarés. Allí terminaba el viaje de Diego Santana, que se reuniría con su destacamento humanitario al mando de la ONU. El oficial se despidió de Izan Ros deseándole todo el éxito posible.

Izan le estrechó la mano y Leyre se despidió con un sentido abrazo de gratitud. Diego también reconoció a Javi su valentía y lealtad con un buen apretón de manos. Después se separaron.

A partir de Benarés, la vía férrea seguía buena parte del valle del Ganges. A través de los cristales del vagón, se podía contemplar el variado paisaje del estado de Bihar, todavía en la India: montañas cubiertas de árboles verdes; campos de cebada, maíz y trigo; ríos y estanques poblados de cocodrilos e hipopótamos. Luego oscureció y, en medio de los chillidos de los tigres, los osos y los lobos que huían despavoridos de la locomotora, el tren iba a tal velocidad que no se podía ver ninguna maravilla más.

Por fin, a las siete de la mañana, llegaron a Calcuta. El buque que partía para Hong Kong salía al mediodía, por lo que Izan Ros aún disponía de cinco horas.

Según su programa de viaje, debían llegar a Calcuta, la capital del estado indio de Bengala Occidental, el 25 de octubre, veintitrés días después de haber salido de Valencia, y habían llegado el día previsto. Desgraciadamente, los días ganados entre Valencia y Bombay quedaban perdidos, pero quedaban compensados por haberle salvado la vida a la bella princesa Leyre.

Izan tenía la intención de ir directamente al barco de Hong Kong para instalar confortablemente a la princesa Leyre, de quien no quería separarse mientras permaneciesen en aquél país tan peligroso para ella. En el momento en que estaban a punto de salir de la estación, un agente de policía se acercó a Izan y le preguntó:

– ¿Es usted el señor Izan Ros?

– Sí

– ¿Es este hombre su ayudante y empleado? –interrogó el policía señalando a Javi.

– Sí

– Entonces, tengan la amabilidad de acompañarme.

– ¿Puede acompañarnos esta joven? –agregó Izan mirando a Leyre.

– No hay inconveniente –dijo el policía.

Se detuvieron ante un edificio de apariencia sencilla. El policía los condujo hasta una habitación con ventanas enrejadas.

– A las ocho y media comparecerán ante el juez –dijo el policía antes de cerrar la puerta.

– ¡Vaya! ¡Pues nos han pillado! –exclamó Javi, que a continuación se dejó caer en una silla.

– ¡Debemos separarnos! –dijo la princesa Leyre a Izan, con una emoción que apenas podía disimular–. ¡Los persiguen por mi culpa! ¡Por haberme salvado!

– Antes del mediodía estaremos a bordo –respondió simplemente Izan.

Cuando la puerta volvió a abrirse, el policía hizo pasar a los prisioneros a la habitación colindante. Era una sala de audiencias del juzgado. Poco después entraba el magistrado, seguido de su secretario.

– La primera causa –dijo el juez.

– ¿Izan Ros? ¿Javier García? –preguntó el secretario–. Acusados, hace dos días que se les busca por todos los trenes de Bombay.

– Señor –dijo Izan–, soy un ciudadano español y tengo derecho...

– Que entren los demandantes –ordenó el juez, interrumpiéndole.

En aquél momento se abrió la puerta de la sala y entraron tres sacerdotes hindúes.

– ¡Así que son ellos! –exclamó Javi–. ¡Son los bribones que intentaron quemar a nuestra joven princesa!

Los sacerdotes permanecieron de pie ante el juez. El secretario leyó en voz alta una demanda de sacrilegio formulada contra Izan y Javi, acusados de violar un lugar considerado sagrado.

– Y, como prueba, aquí tienen el calzado del profanador –añadió el secretario.

– ¡Mis zapatos! –gritó Javi, que ya había olvidado aquél episodio en la pagoda de Bombay, en la colina de Malebar.

El agente Erik había sacado provecho de aquél desafortunado incidente. Retrasó su marcha y se reunió con los sacerdotes, a quienes prometió una recompensa importante por daños y perjuicios si denunciaban a Izan y a Javi.

Por eso, cuando aquella misma mañana vio descender del tren a Izan Ros, acompañando de una joven desconocida, hizo que un policía se les echara encima. Y si Javi no hubiese estado tan preocupado, se habría dado cuenta de la presencia del detective en el rincón más alejado de la sala.

Entretanto, el juez había tomado nota de la confesión que se le había escapado a Javi, quien hubiera dado todo lo que poseía por poder retirar sus imprudentes palabras.

– ¿Confiesan los hechos que se les imputan? –preguntó el juez.

– Sí, los confesamos –respondió Izan Ros.

– Visto –repuso el juez– que la ley protege todas las religiones de las poblaciones indias; estando el delito confesado por el señor Javier García de haber profanado la pagoda de la colina de Malebar, en Bombay, el día 20 de octubre, condeno al mencionado Javier García a quince días de prisión y una multa de quinientos euros.

– ¿Quinientos euros?–exclamó Javi, que sólo parecía impresionado por la multa.

– ¡Silencio! –dijo el secretario.

– Y –añadió el juez–, considerando que el señor Izan Ros es responsable de los hechos y gestiones de quienes tiene a su servicio, le condeno a ocho días de prisión y doscientos euros de multa. Secretario, sigamos con el siguiente proceso.

Erik, desde su rincón, experimentó una satisfacción absoluta. Izan Ros permanecería ocho días retenido en Calcuta, tiempo más que suficiente para que llegara la orden de arresto.

– Ofrezco una fianza –dijo Izan con decisión.

Dado que Izan y Javi eran extranjeros, el juez estableció una fianza de mil euros por cada uno de ellos. Izan sacó un fajo de billetes de bando del saco que llevaba Javi y lo dejó sobre el escritorio del secretario.

– Quedan libres bajo fianza –concluyó el juez.

Javi buscó un taxi y la princesa Leyre, Izan y él se dirigieron al puerto. Erik consiguió seguirles a una distancia prudente para no ser descubierto. Eran las once cuando llegaron y subieron al Santa Marta, con una hora de adelanto sobre la hora de salida.

– ¡Maldito! –gritó Erik al tiempo que golpeaba el suelo con el pie–. ¡Le perseguiré hasta el fin del mundo, si es necesario!

Durante los primeros días de la travesía, la princesa Leyre simpatizó con Izan Ros. En todo momento le agradecía lo que había hecho por ella. El joven la escuchaba imperturbable, sin que ni una sola entonación o gesto descubriesen algún tipo de emoción. Se aseguraba en todo momento de que a la joven no le faltase nada. Leyre le explicó que pertenecía a la clase alta de su país y que varios negociantes, entre ellos su familia, habían conseguido enormes fortunas en la India con el comercio del algodón. Uno de ellos, primo de la joven, vivía en Hong Kong y Leyre pensaba recurrir a él.

Los hermosos ojos de la joven Leyre observaban constantemente los de Izan, pero éste seguía mostrándose misterioso.

El detective Erik dejó instrucciones en Calcuta de que le enviasen la orden a Hong Kong si por fin llegaba. Embarcó a bordo del Santa Marta sin que Javi lo viese, ya que le habría sido difícil explicar al ayudante de Izan la razón por la que se hallaba en el barco sin levantar sospechas. En aquellos momentos, todas las esperanzas del detective se concentraban en Hong Kong, puesto que era en esta ciudad donde se procedería a arrestar al ladrón. Durante las largas horas que Erik pasaba en su cabina, no cesaba de repetirse que si la orden había llegado a Hong Kong, arrestaría a su hombre; en caso contrario, retardaría su partida a cualquier precio.

Como último recurso, Erik estaba dispuesto a confesarlo todo a Javi e informarle sobre su jefe. Confiaba en que Javi, sorprendido por tales declaraciones, temería verse comprometido con la justicia y se pondría de parte del detective.



Sin embargo, antes de actuar, Erik decidió interrogar a Javi. Salió de su cabina con intención de hacerse el encontradizo con el joven ayudante.

– ¡El señor Erik a bordo! –exclamó el joven, absolutamente sorprendido–. ¡Pero si nos despedimos en Bombay y ahora te encuentro en la ruta de Hong Kong! ¿También das la vuelta al mundo?

– No –respondió Erik–. Seguramente permaneceré unos días en Hong Kong. ¿Qué hay de tu jefe, el señor Ros?

– Se encuentra perfectamente y sigue tan puntual como su itinerario. Por cierto, nos acompaña una joven princesa – Javi puso al detective al corriente de la historia.

A partir de ese día, ambos coincidieron a menudo. Sin embargo, Javi comenzó a reflexionar sobre la extraña casualidad que había puesto de nuevo a Erik en la ruta de su jefe. ¿Qué pretendía aquél individuo? Estaba dispuesto a apostar su paga a que Erik abandonaría Hong Kong al mismo tiempo que ellos y seguramente en el mismo barco.

El miércoles 30 de octubre, hacía el mediodía, el Santa Marta entraba en el estrecho de Malaca, que separa la península de este nombre de las tierras de Sumatra. Unos islotes montañosos, muy escarpados y pintorescos, impidieron a los pasajeros ver la gran isla.

## Capítulo 3

# Ficha didáctica

---

### *Actividades comunes*

#### *Taller de lectura*

Pueden participar de forma colectiva varios lectores, leyendo cada uno una parte de la historia. Otra forma es repartir los personajes entre varios lectores y elegir un narrador, de forma que cada uno de los participantes lea los diálogos de su personaje.

#### *Debate de decisiones*

Tras la lectura del capítulo, cada participante explica cómo se ha desarrollado su aventura y los motivos por los que cada personaje ha tomado una decisión, estando o no de acuerdo y comparando con los motivos del resto de participantes.

#### *Consumo responsable*

Tras la aparición de pasajes relacionados directamente con la toma de decisiones o referencias a temas de consumo, cada participante puede explicar las que ha encontrado a lo largo del capítulo y qué decisión ha tomado y las conclusiones a las que ha llegado.

## El rescate de la princesa Leyre

### *Actividades específicas del capítulo*

Los **temas de consumo** tratados en este capítulo, y las cuestiones relacionadas que se proponen, son los siguientes:

#### *1. Los bares y restaurantes*

- 1.1. ¿Deben tener un menú e informar de los precios?
- 1.2. ¿Crees que es importante la limpieza en la cocina y de los camareros?
- 1.3. Si encuentras algo que está mal, ¿es mejor decirlo o callarse?

#### *2. Los servicios de transporte*

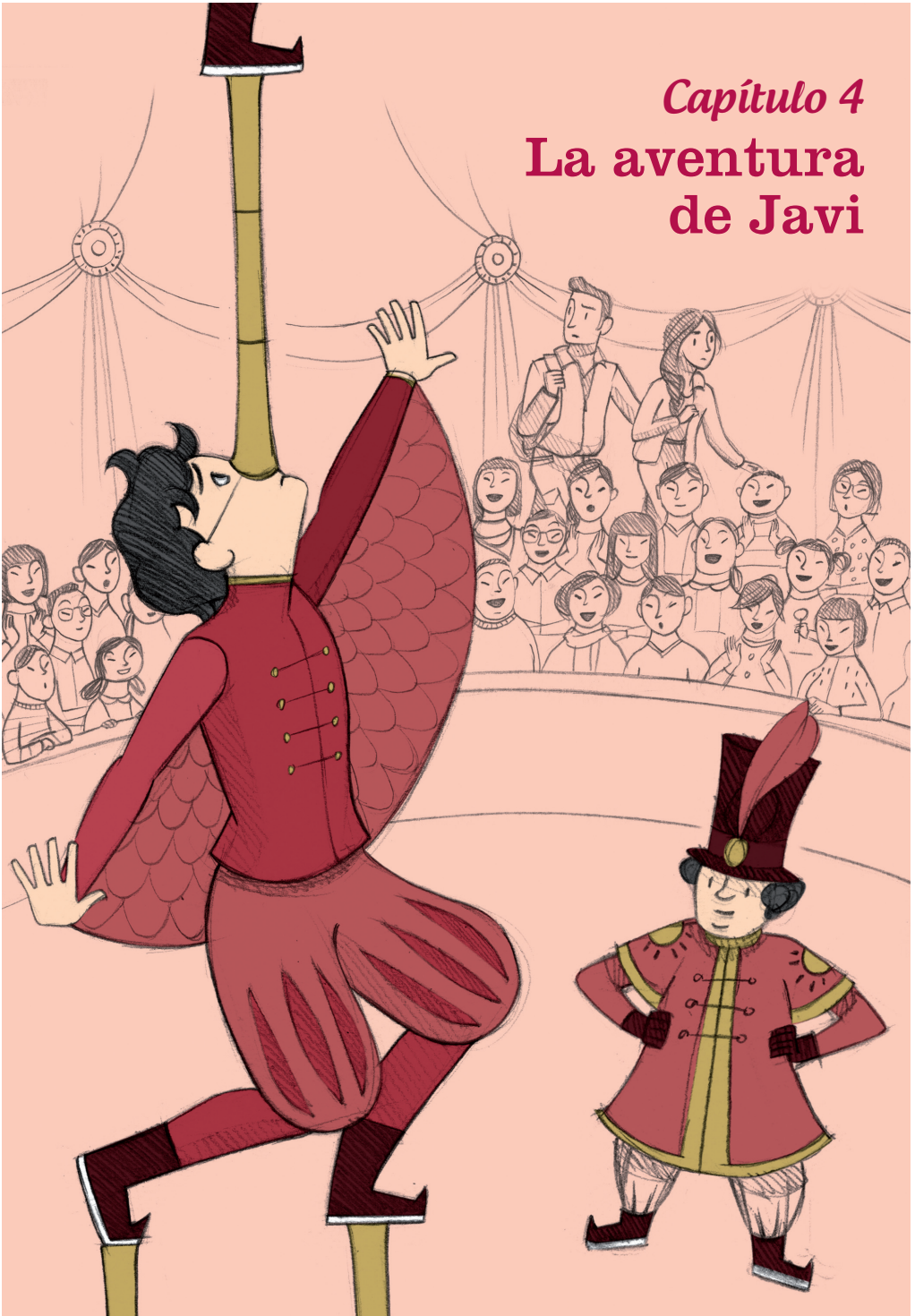
- 2.1. ¿Los autobuses, trenes y barcos pueden llegar cuando quieran?
- 2.2. ¿Qué hacemos si nos han perdido las maletas?
- 2.3. ¿Qué hacemos si nos dicen que no quedan asientos libres?

#### *3. Las asociaciones humanitarias*

- 3.1. ¿Para qué sirven las ONG?
- 3.2. ¿Crees que ayudan de verdad a los más necesitados?
- 3.3. ¿Qué harías para ayudar a los demás?



*Capítulo 4*  
**La aventura  
de Javi**



## Capítulo 4

# La aventura de Javi

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, el Santa Marta atracaba en Singapur. Izan Ros desembarcó acompañado de la princesa Leyre, que manifestó el deseo de pasear algunas horas por la ciudad.

Erik, a quien le parecía sospechosa cualquier acción de Izan, lo siguió sin ser visto. En cuanto a Javi, que sonreía por dentro al ver la maniobra de aquel individuo, fue a hacer sus compras.

A las diez embarcaron de nuevo. Javi esperaba a Izan y a la joven Leyre en cubierta. A las once el Santa Marta, cargado de provisiones y pasajeros, subió el ancla y los pasajeros empezaron a perder de vista las montañas de Malaca.

Unas mil trescientas millas náuticas separan Singapur de Hong Kong, pequeño territorio de la costa china. Izan tenía intención de superarlas en seis días, a fin de poder tomar en Hong Kong el barco que partía el 6 de noviembre hacia Yokohama, uno de los principales puertos de Japón.

Durante los primeros días de la travesía, el tiempo fue bastante malo, lo que retrasó el viaje del Santa Marta y el oleaje provocó que el barco se balancease más de lo que los viajeros deseaban. Durante los días 3 y 4 de noviembre sufrieron una terrible tempestad, obligando al barco a reducir considerablemente su velocidad, por lo que la llegada a Hong Kong llevaría veinte horas de retraso y quizá más si la tempestad no cesaba.

Izan Ros asistía a aquel espectáculo de un mar furioso que parecía luchar directamente contra él, sin perder su habitual impasibilidad. Su frente no se nubló ni un instante, y sin embargo, un retraso de veinte horas podía perjudicar su viaje, haciéndole perder la salida del barco de Yokohama. Pero ese hombre sin nervios no experimentaba ni impaciencia ni aburrimiento. Hasta parecía que la tempestad estaba en su programa y estaba prevista. La princesa Leyre, que habló de este contratiempo con su compañero, le encontró tan sereno como antes.

Erik no veía las cosas del mismo modo, sino al contrario. La tempestad le encantaba y el retraso del barco cuadraba en sus planes para retener a Izan Ros en Hong Kong hasta que llegara la orden de arresto y extradición.

Por fin, la tempestad se calmó, para fortuna de unos y desgracia de otro. El estado del mar cambió en la jornada del 4 de noviembre y el tiempo se volvió favorable. Javi se tranquilizó junto con el tiempo, y el Santa Marta pudo recobrar su velocidad para seguir el rumbo hasta Hong Kong.

Sin embargo, no era posible recobrar todo el tiempo perdido, así que era necesario resignarse, y la tierra no se divisó hasta el día 6 a las cinco de la mañana. El itinerario de Izan Ros señalaba la llegada para el 5, así que habían tenido un retraso de veinticuatro horas, y necesariamente perdían la salida para Yokohama.

A las seis, el piloto práctico del puerto subió a bordo del Santa Marta y se colocó en el puente para dirigir el buque hasta el muelle de Hong Kong.

Javi ardía en deseos de preguntar a ese hombre si el barco de Yokohama había partido; pero no se atrevió, por no perder la esperanza hasta el último momento. En cambio, Izan Ros le preguntó con calma si sabía cuándo saldría un buque de Hong Kong para Yokohama.

– Mañana por la mañana –respondió el piloto.

– ¡Ah! –exclamó Izan sin manifestar ningún asombro.

Javi, que estaba presente, hubiera abrazado al piloto, y en cambio, Erik hubiera retorcido el cuello.

– ¿Cuál es el nombre de ese barco? –preguntó Izan.

– El Nautilus –respondió el piloto práctico.

– ¿No debía marchar ayer?

– Sí, señor, pero tenía que hacer reparaciones en su maquinaria y tuvo que aplazar la salida hasta mañana.

– Se lo agradezco –respondió Izan, que con paso automático bajó al salón del Santa Marta.

A la una, el Santa Marta estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaron. Desde luego, el azar había favorecido a Izan Ros. Sin la necesidad de reparar sus máquinas el Nautilus se hubiera marchado el 5 de noviembre, y los

viajeros para Japón hubieran tenido que esperar durante ocho días la salida del siguiente barco. Es cierto que Izan llevaba veinticuatro horas de retraso, durante el largo viaje por el Pacífico sería fácil recuperarlas.

De esta forma, y después de treinta y cinco días después de su salida de Valencia, Izan tan solo perdía veinticuatro horas respecto de su programa de viaje. Cuando desembarcaron, Izan Ros acompañó a la joven princesa a un hotel. Luego se marchó para localizar al pariente que debía hacerse cargo de Leyre.

Izan estuvo realizando averiguaciones por la ciudad y finalmente le confirmaron que hacía dos años que el familiar de la princesa, después de haber hecho fortuna, había ido a establecerse a Europa, seguramente en Holanda, según se creía.

Cuando Izan volvió al hotel, comunicó a la princesa Leyre que su familiar ya no residía en Hong Kong.

– ¿Y ahora qué voy a hacer, señor Ros?

– Muy sencillo –respondió el joven–. Venir a Europa.

– Pero yo no puedo abusar...

– No abusáis, y vuestra presencia no entorpece mi programa. ¿Javi?

– Señor –respondió Javi.

– Id al Nautilus y reservad tres camarotes.

Javi, encantado de seguir el viaje en compañía de la joven princesa, salió del hotel.

Antes de ir a reservar los pasajes del barco, Javi se acercó a las tiendas de la ciudad para realizar unas compras. Para su sorpresa, se encontró en plena temporada de rebajas, por lo que aprovechó para comprar trajes, vestidos, zapatos y camisas para los tres. Al acabar, se dio cuenta que había comprado tanta ropa que necesitarían nuevas maletas para llevarlo todo. Javi recapacitó: se había dejado llevar por las ofertas, las luces, los carteles y la publicidad de los establecimientos que invitaban a comprar y comprar, y había muchas cosas que, aunque costaran poco, no las iban a utilizar y eran un gasto innecesario.

Así que, tras decidir lo que iba a quedarse y lo que devolvería, acudió a los establecimientos donde podía hacer las devoluciones y se prometió, para futuras ocasiones, hacerse una lista de lo que realmente necesitaba comprar.



Después de hacer las compras, fue al muelle de embarque del Nautilus, y allí vio a Erik que se paseaba de arriba abajo y viceversa, con cara de profunda preocupación.

– ¡Bueno! –dijo para sí mismo Javi–. ¡Esto va mal para los socios del Ateneo que le han contratado para retrasar nuestro viaje! –Javi estaba convencido que Erik tenía la misión de impedir que su jefe Izan Ros ganara la apuesta.

Y salió al encuentro de Erik con su alegre sonrisa, sin aparentar que notaba la inquietud de su compañero. Ahora bien, el investigador tenía buenas razones para echar pestes contra la mala suerte que le perseguía. ¡No había orden de arresto! Era evidente que ésta corría tras él y no podía alcanzarlo si no permanecía algunos días en la ciudad.

– Y bien, Erik, ¿has decidido venir con nosotros a América? –preguntó Javi.

– Sí –respondió Erik apretando los dientes.

– ¡Enhorabuena! –exclamó Javi soltando una ruidosa carcajada–. Ya sabía yo que no podrías separarte de nosotros. ¡Vamos a comprar los pasajes juntos, vamos!

Y ambos entraron en las oficinas del puerto, reservando camarotes para cuatro personas.

Sin embargo, a la hora de pagar, Javi se dio cuenta que no disponía de más dinero en efectivo, ya que la mochila con todos los billetes la había dejado en el hotel. Buscó su cartera para pagar con la tarjeta de crédito y se dio cuenta de que la había perdido.

– ¡Menudo desastre, Erik! –dijo angustiado Javi–. ¡He perdido mis tarjetas de crédito! ¿Y si me las han robado? ¿Y si alguien está gastándose mi dinero?

– Tranquilízate, Javi –contestó el detective–, lo primero que tienes que hacer es avisar a tu banco para que cancelen y anulen las tarjetas. Así si alguien intenta utilizarlas, estarán bloqueadas. Luego podrás avisar al seguro para comunicar el dinero que te hayan podido quitar de la cuenta en cajeros hasta que has dado el aviso.

– ¿Ah, sí? –preguntó extrañado Javi–. ¿También se encarga el seguro de estas cosas?

– ¡Claro! –respondió Erik–, si lo tienes contratado. Deberías leerte el condicionado del seguro. Y también el de la tarjeta de crédito, puede que lo tengas

también asegurado por ahí.

Desde luego, Javi tenía mucho que leer cuando volviese a casa. Ahora entendía por qué su jefe Izan pertenecía también a una asociación de consumidores. ¡Había tantas cosas que no sabía y que podría solucionar si estuviera bien informado!

Finalmente, Erik pagó los pasajes; pero el empleado les advirtió que, estando concluidas las reparaciones del Nautilus, el barco se marchaba aquella misma tarde a las ocho, y no al siguiente día como se había anunciado.

– ¡Bien! –exclamó Javi–. Voy a avisar a mi jefe. La noticia le alegrará.

En aquél instante, Erik tomó una decisión extrema y decidió contárselo todo a Javi. Quizá era la única manera de retener a Izan Ros en Hong Kong hasta que llegara la orden de arresto. De esta forma, al abandonar la oficina, Erik propuso a su compañero que fueran tomar unos refrescos a un bar. Javi disponía de tiempo suficiente y aceptó la invitación. Una vez allí, Erik pidió dos bebidas y, sin que Javi se diera cuenta, metió unas pastillas para dormir en su vaso.

Javi tomó su bebida sin darse cuenta de la mezcla y cuando los vasos estuvieron vacíos, se levantó para ir a avisar a su jefe.

– Quédate –lo retuvo Erik–. ¿Sabes quién soy?

– ¡Claro! –sonrió Javi.

– Entonces, te haré una confesión...

– ¿Ahora que lo sé todo? Antes permita que te diga que aquellos socios del Ateneo Mercantil han hecho un gasto inútil.

– ¿Un gasto inútil? –se extrañó Erik–. ¡Se conoce que no sabes la importancia de la suma!

– Un millón de euros –dijo Javi.

– Tres millones de euros –aseguró Erik–. Y, si tengo éxito, ganaré una prima de diez mil. Te daré tres mil euros si me ayudas.

– ¿Ayudarte? –dijo Javi sorprendido.

– Claro, ayudarme a retener a Izan Ros durante unos días.

– ¡Pero esto es el colmo! –exclamó Javi–. Parece mentira que sean socios del prestigioso Ateneo Mercantil. Mi jefe es un hombre honrado que, cuando

apuesta, trata de ganar de forma honesta.

– ¿Pero sabes quién soy? –repitió extrañado Erik.

– Un empleado de los miembros del Ateneo Mercantil, que tiene la misión de controlar el viaje de mi jefe.

El detective se pasó la mano por la frente y vaciló antes de seguir hablando.

– Soy detective y el Banco de España me ha encargado una misión especial, en colaboración con la policía española y la Interpol –dijo Erik, con lo que obligó a Javi a sentarse de nuevo–. La apuesta del tal Izan Ros es un pretexto con el que te ha embaucado a ti y a los socios del club. El pasado 28 de septiembre, un individuo cometió un robo de tres millones de euros en el Banco de España en Valencia. Su descripción coincide rasgo por rasgo con la de Izan Ros.

– ¡Mi jefe es el hombre más honrado del mundo! –exclamó Javi–. ¿Qué esperas de mí?

– He perseguido a Izan Ros hasta aquí, pero aún no ha llegado la orden de arresto que solicité a España. Tienes que ayudarme a retenerlo en Hong Kong. Si lo haces, compartiré contigo la recompensa prometida por el Banco de España.

– ¡Jamás! –gritó Javi, que quiso levantarse de la silla para irse, pero estaba tan mareado por la bebida que le fue imposible.

– Entonces, haremos ver que no he dicho nada –dijo Erik.

Javi se quedó dormido con la cabeza recostada encima de la mesa. Erik pagó las consumiciones y se marchó.

Al día siguiente, Javi no estaba en el hotel. Izan cogió su saco de viaje, avisó a la princesa Leyre y se dirigieron al muelle. Allí se enteraron de que el Nautilus había partido el día anterior por la noche. Izan Ros, que esperaba encontrar allí a su ayudante, se resignó a prescindir de él.

En aquél momento, se les acercó un individuo que los había estado observando. Era el detective Erik.

– ¿Es usted, como yo, uno de los pasajeros del Santa Marta, que llegó ayer?

– Sí señor, pero no le conozco –dijo Izan.

– Pensé que estaría su ayudante con ustedes –continuó Erik.

– ¿Sabe dónde puede estar? –preguntó la princesa Leyre preocupada.

– ¡Vaya! ¿No está con ustedes? –dijo fingiendo sorpresa.

– No lo hemos visto desde ayer. Quizá haya embarcado sin nosotros en el Nautilus...

– Yo también debía embarcar en el Nautilus. El barco, tras reparar su caldera, abandonó Hong Kong doce horas antes de lo previsto. Ahora deberemos esperar ocho días hasta la próxima salida –al pronunciar aquellas palabras, Erik sintió que su corazón saltaba de alegría.

– Hay otros barcos, además del Nautilus, en el puerto de Hong Kong –puntualizó Izan.

Pronto, un marinero les ofreció su barco para dar un paseo. Izan le pidió que les condujera hasta Yokohama a cambio de una prima de doscientos euros por día y quinientos más por llegar a tiempo. Erik estaba inquieto.

– Con este barco no podemos ir hasta Yokohama, no tiene suficiente potencia. Pero podemos llegar a Nagasaki, que está situada en el extremo sur de Japón, o a Shangai.

– Es en Yokohama donde tengo que tomar el barco hacia América, no en Shangai o en Nagasaki –dijo Izan.

– El barco de San Francisco no sale de Yokohama. Hace escala en Yokohama y Nagasaki, pero su puerto de salida es Shangai.

– ¿Está seguro? –quiso saber Izan.

– Completamente.

Finalmente, subieron todos a bordo del San Pascual. Era una goleta pequeña pero ordenada.

– Siento no poder ofrecerle nada mejor –dijo Izan a Erik.

“No hay duda de que este ladrón es muy cortés, pero no por ello deja de ser un delincuente”, pensaba Erik aceptando el ofrecimiento de Izan para acompañarles.

Antes de partir, Izan y la princesa Leyre dieron un último vistazo al muelle para ver si aparecía Javi.

Lo que en realidad había sucedido es que Javi, tras despertar en la taberna

de su espeso sueño provocado por las pastillas que le puso Erik en la bebida, se había dirigido tambaleándose hacia el Nautilus. Al llegar, se lanzó sobre la pasarela del barco, la atravesó y cayó sin sentido en la cubierta en el mismo instante en que el Nautilus soltaba amarras. Unos camareros arrastraron a Javi hasta un camarote. Cuando despertó, ya estaban a ciento cincuenta millas náuticas del territorio chino.

El mar estaba muy agitado y el barco se balanceaba mucho. Javi intentó ordenar sus ideas. Recordó la conversación con Erik. “Al menos, no he perdido el barco. ¡Tengo que contárselo todo a mi jefe!”, pensó, convencido de que Izan y la princesa Leyre también estarían a bordo. Se apresuró hacia el salón principal del barco, pero Izan no estaba allí. Javi decidió preguntar al sobrecargo qué cabina ocupaba Izan Ros. Sin embargo, éste respondió que no conocía a ningún pasajero que respondiera a ese nombre.

– Es un caballero alto, serio, poco comunicativo, que va acompañado de una joven señorita... – insistió el ayudante.

– A bordo no hay ninguna señora joven –respondió el marinero. Si quiere, puede consultar la lista de pasajeros.

En circunstancias normales, Javi se hubiera escandalizado con ese ofrecimiento. “Se supone que los datos personales están protegidos”, pensó Javi, “y este hombre me está dando la lista de todos los pasajeros con todos sus datos personales. Podría ponerle una reclamación ahora mismo y seguramente le pondrían una gran multa. Los consumidores debemos estar protegidos y que nadie facilite nuestros datos a extraños sin nuestro consentimiento expreso. ¡A saber qué uso pueden hacer de nuestra información!”

Pero en ese momento, Javi no podía rechazar la oferta, necesitaba averiguar si su jefe y la princesa Leyre estaban a bordo del Nautilus. Consultó la lista, pero el nombre de Izan Ros no figuraba en ella.

El día 13 de noviembre, con la marea de la mañana, el Nautilus entró en el puerto de Yokohama. Javi desembarcó sin entusiasmo en aquella tierra tan curiosa. No le quedaba más opción que confiar en la suerte.

Yokohama era una ciudad absolutamente europea. Igual que en Hong Kong y en Calcuta, el hormigueo de gente de todas las razas era constante: americanos, españoles, chinos, holandeses, comerciantes dispuestos a vender y a comprar cualquier cosa y, en medio de todos, el joven Javi, que se sentía tan extranjero como si hubiera llegado a la luna. Javi contaba con un solo

recurso: el apoyo que pudieran prestarle los agentes consultares españoles de Yokohama. Sin embargo, no soportaba tener que contar su aventura, tan increíble, que dudaba mucho que alguien pudiera creerse la apuesta para dar la vuelta al mundo o el rescate de una princesa en la hoguera. Además, temía que le estuvieran buscando para hacer cumplir la condena de cárcel que le habían impuesto en Calcuta.

Recorrió la ciudad sin que la suerte acudiera en su auxilio. Luego entró en el barrio chino. En esta zona, todo era movimiento y agitación: monjes budistas que pasaban en procesión redoblando sus tambores, oficiales de la aduana o de la policía que lucían sus brillantes uniformes, soldados armados con fusiles y otros muchos militares. La profesión de soldado era muy respetada en Japón.

Javi paseó durante horas entre aquella abigarrada multitud, contemplando las curiosas tiendas, los bazares, los restaurantes adornados con banderolas y las casas de té, donde se bebe la aromática infusión con el sake, un licor que se obtiene del arroz fermentado.

Al caer la noche, vagabundeo por las calles de la ciudad, iluminadas por faroles multicolores. Observó a los saltimbanquis mientras ejecutaban sus maravillosos ejercicios y a los astrólogos que distraían a la multitud, al aire libre, con sus telescopios. Luego regresó al puerto, iluminado por las luces de las barcas de pescadores.

Las calles se fueron despoblando. A la multitud sucedieron rondas de oficiales que, con su magnífica indumentaria y su brillante séquito, parecían embajadores. Cada vez que Javi encontraba algunas de esas patrullas, repetía:

– ¡Vaya! ¡Otra embajada japonesa que parte hacia Europa!

Al día siguiente, Javi, exhausto y hambriento, se dijo que era necesario comer a toda costa y cuanto antes mejor. Le quedaba el recurso de vender su reloj, pero antes de eso prefería morir de hambre. Quizá habría llegado el momento de utilizar la voz, nada melodiosa, con la que la naturaleza lo había dotado. Se sabía algunas canciones de memoria y decidió probar fortuna. Seguramente los japoneses serían aficionados a la música y apreciarían el talento de un virtuoso europeo.

Pero quizá era demasiado temprano para organizar un concierto. Así pues, decidió esperar una hora más apropiada. Mientras caminaba, pensó que iba demasiado bien vestido para ser un artista ambulante. Entonces, tuvo la idea de cambiar sus ropas por otras más desgastadas. Por otro lado, este cambio

podría proporcionarle algún dinero con el que satisfacer su apetito.

Una vez tomada la decisión, buscó y encontró un vendedor de ropa tradicional. El traje europeo le gustó al comerciante, así que Javi, tras regatear un poco el precio y asegurarse de que el comerciante no se estaba aprovechando de su situación, no tardó en salir del establecimiento ataviado con una vieja túnica japonesa y una especie de turbante, deslucido por el sol y la lluvia. En compensación, algunos yenes tintineaban en sus bolsillos.

– Bueno –se dijo–, pensaré que estamos en carnaval.

Lo primero que hizo fue entrar en una modesta casa de té, donde comió un puñado de arroz y tomó una infusión para acallar el apetito.

– Ahora –se dijo con un poco más de energía–, tengo que salir de este país del Sol Naciente, del cual guardaré un recuerdo lamentable.

Pensó en visitar los buques que esperaban para zarpar hacia América. Se le ocurrió ofrecerse como cocinero o camarero, sin otra retribución que el pasaje y la comida. Cuando llegara a San Francisco, ya encontraría la manera de salir adelante. Lo esencial era recorrer aquellas cuatro mil setecientas millas náuticas del Pacífico que se extienden entre Japón y Estados Unidos.

Sin embargo, lo que en un primer momento le pareció un proyecto sencillo, conforme se acercaba al muelle se le hacía irrealizable. ¿Por qué habrían de necesitar un cocinero o un camarero a bordo de un buque americano? ¿Qué confianza inspiraría con aquel aspecto? ¿Qué referencias podría ofrecer? Mientras se hacía esas preguntas, su mirada se fijó en un enorme cartel que una especie de payaso llevaba por las calles de Yokohama. El cartel decía:

***“Gran Circo Acrobático Japonés.***

***Últimas representaciones antes de partir hacia los Estados Unidos”***

– ¡Los Estados Unidos! –se dijo contento Javi–. ¡Ya lo tengo!

Así, siguió al hombre anuncio y un cuarto de hora más tarde estaba frente a una enorme carpa adornada con vistosas banderolas. Era el circo japonés dirigido por Juan Llorens, un español que se había hecho famoso en compañía de saltimbanquis, magos, acróbatas, equilibristas, payasos y gimnastas.

Javi entró en el recinto y pidió hablar con el señor Llorens. Éste pensó que el joven era un nativo y le preguntó qué deseaba. Javi se ofreció como ayudante, pero Juan no lo aceptó diciendo que ya tenía dos ayudantes obedientes y fieles que le servían sólo por la comida. Se refería a sus dos robustos brazos,

llenos de venas gruesas como cuerdas de montañero.

– Entonces, ¿no me necesita para nada? –insistió Javi.

– Para nada.

– ¡Vaya! Me habría ido bien partir con usted –continuó Javi.

– ¡Tiene usted tan poco de japonés como yo de simio! ¿Por qué lleva esas ropas? –preguntó Juan.

– Cada uno viste como puede.

– Cierto, pero usted es español, ¿verdad?

– ¡Claro! –dijo Javi– Los españoles sabemos hacer de todo, seguro que le pudo servir de ayuda.

Así, a pesar de que Javi no fue admitido como ayudante, el director del circo que era también español, lo contrató en calidad de payaso. Debía cantar cabeza abajo, con un trompo dando vueltas sobre la planta de su pie izquierdo y un sable en equilibrio en la planta de su pie derecho.

La representación debía empezar a las tres de la tarde, pero Javi no había ensayado su papel. Antes de la hora, el público comenzó a llegar a la carpa. Europeos y americanos, chinos y japoneses se apiñaban en las estrechas banquetas y en los bancos que había frente al escenario. Los acróbatas de la compañía realizaron prodigiosos ejercicios con una precisión absoluta. Como número final del espectáculo se había anunciado la pirámide humana, en la cual unos cincuenta narigudos deberían presentar una carroza.

En lugar de montar la pirámide utilizando los hombros como punto de apoyo, los artistas debían sostenerse sobre sus narices. Dichas narices no eran más que bambúes sobre los cuales hacían todos sus ejercicios de equilibrismo. Uno de los que formaban la base de la carroza había dejado la compañía, por lo que Javi debía sustituirlo.

Javi tuvo que vestirse con un traje medieval adornado con alas multicolores y ponerse una nariz de dos metros de largo. Al fin y al cabo, aquella nariz representaba su pan y tuvo que resignarse. Salió a escena y se colocó entre los compañeros que formaban la base de la carroza.

Todos se tendieron en el suelo con la nariz levantada hacia arriba. Un segundo grupo de equilibristas se colocó sobre aquellos largos palos, un tercer grupo encima y, luego, un cuarto, hasta levantar el monumento humano.



El público comenzó a aplaudir mientras la orquesta hacía retumbar los instrumentos. Pero, súbitamente, la torre empezó a temblar y el equilibrio se rompió, con lo que el monumento se derrumbó como un castillo de cartas.

La culpa del incidente había sido de Javi, quien abandonó su puesto, saltó al escenario, trepó hasta la galería derecha y se dejó caer a los pies de un espectador.

– ¡Izan! –exclamó Javi–. ¡Soy yo, Javi!

– Entonces, démonos prisa, ¡directos al barco!

Dicho esto, Izan, la princesa Leyre y Javi corrieron por los pasillos hacia la salida. Sin embargo, se encontraron de frente con el director del espectáculo, quien reclamaba muy enfadado una indemnización.

Izan le dijo que él reclamaría por el desastre de espectáculo que había ofrecido a todos los turistas, ya que no había ofrecido nada de lo que salía en los carteles y la publicidad del circo; no había ni leones, ni cocodrilos, ni siquiera estaban los monos. Esto calmó un poco al director, pero Izan le entregó un puñado de billetes de banco por la posible responsabilidad de Javi. Y, justo a las seis y media, hora en la que el barco tenía que partir, Izan y Leyre, seguidos de Javi, que aún llevaba las alas de colores y la nariz de madera unida a la cara, embarcaron.

De hecho, la mañana del 13 de noviembre, al llegar a Yokohama, Izan Ros había ido hasta el Nautilus y se había enterado, con gran alegría de la princesa Leyre, de que el joven Javi había llegado a la ciudad el día antes.

Izan, que debía partir aquella misma tarde hacia San Francisco, comenzó a buscar a su ayudante. Primero se dirigió, sin resultado, al consulado español y luego recorrió las calles de la ciudad japonesa. Cuando ya había perdido la esperanza de encontrar a Javi, el azar, o algún presentimiento, le hicieron entrar en el circo. La verdad es que no hubiese podido reconocer a su empleado bajo las raras ropas que llevaba. En cambio, Javi, a pesar de estar con la cabeza en el suelo, vio a Izan entre los asientos y no pudo evitar un movimiento de su nariz. A partir de aquí, perdió el equilibrio y sucedió lo que ya sabemos.

Todo esto, Javi lo supo por boca de la princesa Leyre, que también le contó cómo habían realizado la travesía de Hong Kong a Yokohama, acompañados de un tal Erik, a bordo del San Pascual. Cuando Javi escuchó el nombre del detective, ni siquiera pestañeó, y pensó que no era el mejor momento para contar a su jefe lo que le había sucedido con Erik.

## Capítulo 4

# Ficha didáctica

---

### *Actividades comunes*

#### *Taller de lectura*

Pueden participar de forma colectiva varios lectores, leyendo cada uno una parte de la historia. Otra forma es repartir los personajes entre varios lectores y elegir un narrador, de forma que cada uno de los participantes lea los diálogos de su personaje.

#### *Debate de decisiones*

Tras la lectura del capítulo, cada participante explica cómo se ha desarrollado su aventura y los motivos por los que cada personaje ha tomado una decisión, estando o no de acuerdo y comparando con los motivos del resto de participantes.

#### *Consumo responsable*

Tras la aparición de pasajes relacionados directamente con la toma de decisiones o referencias a temas de consumo, cada participante puede explicar las que ha encontrado a lo largo del capítulo y qué decisión ha tomado y las conclusiones a las que ha llegado.

# La aventura de Javi

## Actividades específicas del capítulo

Los **temas de consumo** tratados en este capítulo, y las cuestiones relacionadas que se proponen, son los siguientes:

### 1. Las compras compulsivas

- 1.1. ¿Es mejor ahorrar o gastarse todo el dinero comprando cosas?
- 1.2. ¿Crees que en las rebajas hay que comprarlo todo?
- 1.3. Si un vestido está rebajado, ¿podemos reclamar si está roto?

### 2. El robo de dinero

- 2.1. ¿Las tarjetas de crédito son dinero?
- 2.2. ¿Es bueno pedir el DNI cuando se paga con tarjeta de crédito?
- 2.3. ¿Qué hacemos si nos roban el DNI o la tarjeta de crédito?

### 3. Los espectáculos

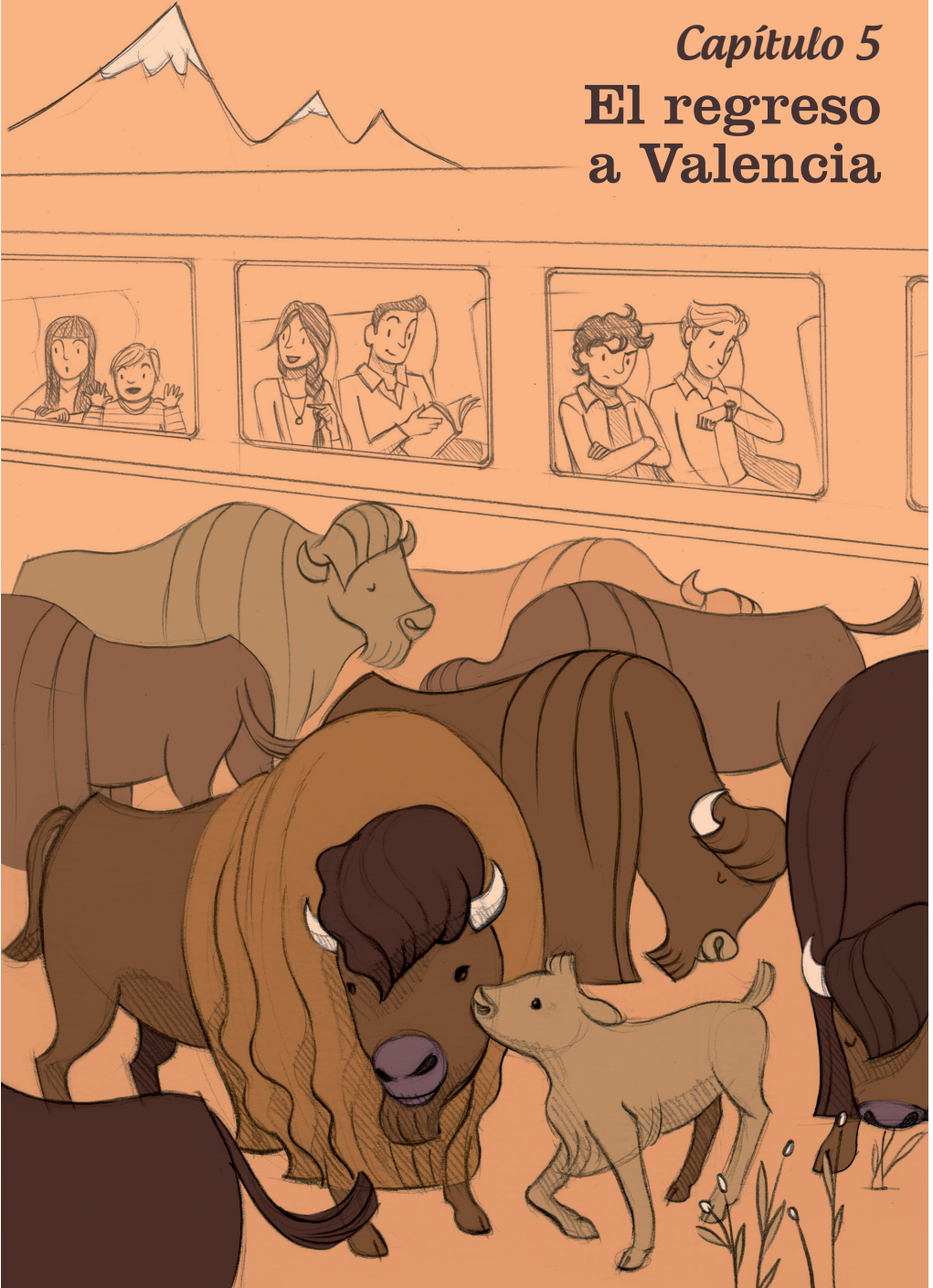
- 3.1. ¿Qué ocurre si se venden más entradas que espacio tiene un teatro o un circo? ¿Podría ser peligroso?
- 3.2. Si has comprado una entrada para un concierto y no se celebra, ¿se pierde el dinero?
- 3.3. ¿Pueden impedirte entrar en un cine si tienes la entrada?

### 4. La protección de datos personales

- 4.1. ¿Las empresas se pueden pasar nuestros datos de unos a otros?
- 4.2. ¿Para qué quieren las empresas nuestros datos?
- 4.3. ¿Es divertido que te llamen por teléfono a todas horas y envíen cartas sin parar y correos electrónicos para ofrecerte productos que no quieres?



*Capítulo 5*  
**El regreso  
a Valencia**



## Capítulo 5

# El regreso a Valencia

El barco que hacía la travesía de Yokohama a San Francisco se llamaba Cristóbal Colón, en honor al descubridor de América y se desplazaba a gran velocidad. Llevaba bastante pasaje: italianos, franceses, muchos americanos, algún español y, sobre todo, japoneses con sus típicas cámaras colgando del cuello.

Durante la travesía no hubo incidentes. Izan se mostraba tan tranquilo y poco comunicativo como siempre. La joven princesa Leyre cada vez se sentía más interesada por aquél hombre, por razones muy distintas a las del agradecimiento. Aquel carácter tan silencioso y generoso la impresionaba más de lo que ella misma podía imaginar. Además, a la princesa le interesaban mucho los proyectos de Izan y se preocupaba por las contrariedades que ponían en peligro el éxito del viaje.

Solía conversar con Javi y éste no dejaba de hablar de la honradez, la generosidad y la dedicación de Izan. Luego, para tranquilizar a la bella Leyre en cuanto al éxito del viaje, le repetía que la parte más difícil había terminado, ya que dejaban los fantásticos países de la India, China y Japón y se adentraban en la civilización occidental. Un tren de San Francisco a Nueva York y un transatlántico de Nueva York a Valencia bastarían, sin duda alguna, para terminar aquella increíble vuelta al mundo. Nueve días después de zarpar de Yokohama, Izan Ros había recorrido exactamente la mitad del globo terráqueo.

Pero, ¿dónde estaba Erik? Pues, precisamente, a bordo del Cristóbal Colón. En efecto, cuando llegaron a Yokohama, Erik se separó de Izan y se presentó de inmediato en el despacho del cónsul español. Allí encontró por fin la orden que tanto esperaba desde Bombay, con fecha de hacía cuarenta días, y que había sido mandada desde Hong Kong en el propio Nautilus. ¡Ahora la orden de arresto era inútil porque Erik ya no estaba en ninguno de esos países! Para poder arrestarlo, ahora necesitaba una nueva orden de extradición

que fuera válida en Estados Unidos.

– Si la orden de arresto ha perdido validez aquí, en Europa volverá a ser válida. Parece que este ladrón tiene intención de regresar a España. Lo seguiré. En cuanto al dinero, se ha gastado más de diez mil euros a lo largo del trayecto.

Después de esto, Erik embarcó en el Cristóbal Colón. Cuando Javi lo descubrió, se le echó encima y apenas podía contenerse para darle una paliza. Erik se levantó y, observando a su adversario, dijo fríamente:

– Hasta ahora he sido el rival de su jefe, pero a partir de este instante le ayudaré en su aventura.

– ¡Por fin piensa que es un hombre honrado!

– No, de ninguna manera... Mientras ha estado en Europa, África y Asia, he tenido interés por retenerlo mientras esperaba la orden de arresto. Lo intenté prácticamente todo. Incluso puse contra él a los sacerdotes de Bombay, te drogué en Hong Kong para separarte de tu jefe...

Javi lo escuchaba fulminándolo con la mirada, con la cara desencajada por la rabia y el odio hacia el que antes consideraba como amigo.

– Ahora –prosiguió Erik–, parece que Izan Ros vuelve a Europa. ¡Le seguiré! Pero me dedicaré a alejar los obstáculos de su camino con especial cuidado. Mi juego ha cambiado porque me interesa. Además, tu interés es parecido al mío, ya que hasta que no llegues a España no sabrás si estás trabajando para un ladrón o para un hombre honrado.

Javi, más tranquilo, se fue convenciendo de que Erik le hablaba con absoluta sinceridad.

Once días después, el 4 de diciembre, el Cristóbal Colón llegó a San Francisco. Así pues, Izan Ros no había ganado ni perdido un solo día.

Eran las siete de la mañana cuando Izan Ros, la princesa Leyre y Javi pisaban el continente americano. Javi, entusiasmado por pisar tierra firme, decidió desembarcar dando un peligroso salto. Al caer sobre el muelle, a punto estuvo de torcerse un tobillo. Afortunadamente, consiguió sujetarse a tiempo y todo quedó en una curiosa anécdota.

Izan, nada más desembarcar, fue a informarse de la hora a la que salía el primer tren para Nueva York. Partía a las seis de la tarde, con lo cual disponían de casi todo el día para visitar la ciudad.

Izan alquiló un coche para ellos y, en primer lugar se dirigieron al Hotel Internacional.

Javi observó atentamente la gran ciudad americana: calles anchas, calles bien alineadas, iglesias y templos de estilo gótico anglosajón y casas enormes como palacios. Por las calles circulaba un gran número de coches, camiones y tranvías. Y llenaba las aceras una multitud no sólo de americanos y europeos, sino también de chinos e indios.

Javi se quedó bastante sorprendido de lo que iba viendo. Aún se imaginaba la legendaria ciudad de las películas de vaqueros: una ciudad de bandidos, incendiarios y asesinos que iban al encuentro de pepitas de oro, una ciudad donde se paseaba con un revólver en una mano y un cuchillo en la otra.

Al llegar al Hotel Internacional, Javi tuvo la impresión de entrar en el paraíso. Tras las aventuras en Bombay, Calcuta y estar perdido durante dos días en Hong Kong, pasando hambre y durmiendo en la calle, aquel hotel en San Francisco le dejó con la boca abierta. En aquél momento, se prometió a sí mismo que se convertiría en un viajero incansable, recorrería los mejores capitales europeos y descubriría todos aquellos lugares interesantes que hasta ahora se había perdido por su poco entusiasmo en viajar y salir de casa, teniendo eso sí, mucho cuidado cuando fuera a contratar con las agencias de viajes.

La planta baja del hotel se hallaba ocupada por un inmenso restaurante, una especie de bufet abierto gratis para cualquier viajero. Servían carnes, pescados, arroces, sopas, pasteles, quesos,... sin que el consumidor tuviera que costear nada. Únicamente se pagaba la bebida, como las típicas tapas en algunas ciudades de España, de las que tanto había disfrutado.

El restaurante era muy agradable. Izan y la princesa Leyre se sentaron a la mesa y fueron servidos en pequeños platos con exquisitos manjares. Luego, ambos abandonaron el hotel y se dirigieron al consulado para hacer visar su pasaporte. Encontraron a Javi paseando a lo largo de la acera y éste preguntó si sería prudente, comprar comida y ropa para el viaje por América para el caso de que el tren sufriera alguna avería imprevista. Izan respondió que le parecía una precaución inútil, pero que no se oponía a que hiciera lo que le pareciera.

Izan no había andado más de doscientos pasos cuando volvió a encontrarse con Erik. Éste, que se mostró extremadamente sorprendido, afirmó que celebraba haberse encontrado con Izan y que se sentiría muy honrado de



continuar el viaje en su compañía.

Izan le contestó que estaría encantado de que los acompañara y Erik, que no tenía intención de perderlo de vista, le preguntó si podría acompañarlo durante la visita a la curiosa ciudad de San Francisco.

Así pues, Izan Ros, la princesa Leyre y Erik comenzaron a pasear por las calles. Observaron detenidamente las vistas del magnífico puente Golden Gate, el fabuloso edificio del Ayuntamiento de San Francisco y la Pirámide Transamérica.

Poco después, estaban en una de las calles más concurridas de la ciudad, y, a pesar del incesante paso de vehículos y de tranvías, en las acera, en mitad de la calle, sobre los raíles, en la entrada de las tiendas y en las ventanas de las casas a gente, circulaban multitud de hombres y mujeres. Algunas banderas y pancartas ondeaban al viento. Se oían gritos por todas partes.

Sin embargo, la pacífica manifestación empezaba a convertirse en una batalla campal. Algunos manifestantes más violentos estaban empezando a lanzar piedras y volcando contenedores en medio de las calles.

– Lo mejor sería no mezclarnos con esa gente –añadió Erik.

– Tienes razón –señaló Izan–. Los golpes y empujones, aunque sean por un buen motivo, también duelen.

Los tres se instalaron en la terraza de una cafetería, a bastante altura de la calle. Frente a ella, en la acera opuesta, entre una tienda de informática y un supermercado, había un gran escenario al que se dirigían los distintos ríos de gente que aparecían por las calles cercanas.

¿Por qué se celebraba la manifestación? Izan lo ignoraba. En aquel instante hubo un gran movimiento. Las manos de la gente reunida estaban alzadas. Algunas, con los puños cerrados, parecía que subían y bajaban en medio de gritos, de forma enérgica.

– Está claro que se trata de una manifestación –dijo Erik–. Y el motivo que la ha provocado debe de ser emocionante.

La princesa Leyre, que había tomado del brazo a Izan, observaba sorprendida aquella escena. De repente, los mástiles de las banderas se convirtieron en armas, cualquier cosa servía como proyectil e incluso parecieron escucharse ruidos de botellas y cristales rotos.

Erik, interesado ahora en que Izan no recibiera un golpe peligroso o se viese

envuelto en un incidente grave, propuso que se marcharan. Sin embargo, cuando se disponían a hacerlo, se encontraron entre dos grupos de manifestantes enzarzados en una pelea. Izan y Erik, en su intento por proteger a la bella princesa Leyre, fueron atropellados. Izan trató de defenderse, pero fue inútil. Un joven pelirrojo y con perilla, un aro en la nariz, el rostro lleno de cicatrices y que parecía uno de los cabecillas, levantó su puño ante Izan. Le hubiese golpeado si Erik no se hubiera interpuesto y recibido él mismo la peor parte. En la cabeza de Erik se formó un increíble chichón.

– ¡Animal! –gritó Izan a su adversario.

– ¡Pirata de carnaval! ¡Parásito! –contestó el otro–. ¿Su nombre?

– Izan Ros. ¿El suyo?

– Arturo Villalba.

El agresor dio media vuelta y se marchó. La oleada de gente pasó. Erik, que había caído por el golpe, se levantó del suelo con las ropas hecha trizas. La bella princesa Leyre resultó ilesa. Izan dio las gracias al detective y éste le pidió que le acompañase a una tienda para cambiar su vestuario. El traje de Izan también había sufrido un serio deterioro.

Una hora más tarde volvían a vestir de manera correcta y pudieron regresar al hotel Internacional. Allí les esperaba Javi, que había comprado comida y ropa suficiente por si se producía algún contratiempo durante el largo viaje en tren. Cuando vio que Erik acompañaba a Izan, su rostro se ensombreció. Leyre le contó lo sucedido y el joven ayudante se quedó más tranquilo: no cabía duda de que Erik se había convertido en un aliado. Había cumplido su palabra.

Cuando terminaron de comer, subieron a un taxi que les condujo a la estación. Izan preguntó a Erik si había visto al pelirrojo que les había atacado. Erik movió la cabeza negativamente.

– Volveré a San Francisco para encontrarlo. No sería correcto dejar así las cosas y que ese maleducado se salga con la suya. Le pediré explicaciones y una compensación por lo ocurrido.

A las seis menos cuarto, los viajeros llegaban a la estación de ferrocarril de San Francisco. El tren estaba a punto de partir.

En el instante en que Izan se disponía a subir al vagón, preguntó a un empleado si conocía la causa de la manifestación de aquel día. Éste le contestó que

era una manifestación por los difíciles momentos por los que pasaba el país, sin trabajo para los jóvenes, con hipotecas y préstamos que no podían pagar, el encarecimiento de los precios y las pocas expectativas de futuro para su generación.

Izan pertenecía a esa clase de personas que no toleran las injusticias y que no permiten que se abuse de las personas indefensas, y que aquellos que por fortuna tienen más bienes deben compartirlos con los más desfavorecidos. Por ello, se mostró de acuerdo con los manifestantes, pero de ningún modo aceptaba los disturbios y la violencia que se había desencadenado por varios vándalos, entre ellos el pelirrojo que les había agredido.

La princesa Leyre vio aumentar su estima por Izan pues reconocía su buen corazón, por mucho que él considerara esas ideas lógicas y normales en toda persona.

Los viajeros habían salido de la estación de Oakland a las seis de la tarde y pronto se hizo de noche. El tren no iba demasiado rápido, pero su velocidad era suficiente para cruzar los Estados Unidos en el tiempo previsto.

En el vagón se hablaba poco. Por otra parte, los viajeros pronto se vieron vencidos por el sueño. Javi, sentado junto a Erik, no le dirigía la palabra, ya que desde los últimos acontecimientos su relación con el detective se había enfriado mucho.

La simpatía que le profesaba se había terminado. El detective no había cambiado de manera de ser, pero Javi se mantenía muy reservado y estaba dispuesto a estrangular a su antiguo amigo a la menor sospecha. Una hora después de partir el tren, empezó a nevar. A través de las ventanillas no se veía más que una fina sábana blanca.

A las ocho, un auxiliar entró en el vagón y anunció a los viajeros que era la hora de dormir. En unos instantes, el vagón quedó transformado en un dormitorio. Se doblaron los respaldos de los asientos, repartió unas mantas y en pocos minutos cada viajero tenía preparada su propia cama. Las sábanas eran blancas y las almohadas suaves. Lo único que tenían que hacer era acostarse y dormir, que fue lo que hicieron todos.

Hacia las siete de la mañana cruzaron la estación de Sacramento. Una hora después, el dormitorio volvía a ser un vagón normal y corriente. Los viajeros podían ver a través de los cristales unos paisajes muy característicos de aquella zona montañosa. Apenas había túneles o puentes en el recorrido.

Alrededor de las nueve, a través del valle de Carson, el tren entró en el estado de Nevada, siguiendo en todo momento la dirección nordeste. A las doce salió de Reno, tras una parada de veinte minutos durante la cual los viajeros aprovecharon para estirar las piernas.

Izan Ros, la joven princesa Leyre, Erik y Javi, confortablemente sentados, contemplaron un variado paisaje: extensas praderas, montañas y torrentes que se despeñaban en cascadas. De vez en cuando divisaban rebaños de bisontes que avanzaban en tropel en las pocas reservas donde todavía existen.

Hacia las tres de la tarde, un rebaño de bisontes escapó de la reserva e invadió la vía. La locomotora, tras moderar su velocidad, se vio obligada a detenerse ante aquellos animales.

Los bisontes caminaban levantando mucho polvo. Eran más grandes que los toros europeos. Tenían las patas y la cola cortas, el morro saliente y la cabeza, el cuello y el lomo cubiertos de pelo. Era imposible detenerlos. Cuando los bisontes toman una dirección, nada puede modificar o impedir su avance. A Javi, todo esto le recordaba el viejo oeste, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Los viajeros, dispersos por los pasillos, observaban el espectáculo. Izan no se movió de su asiento. Javi se mostraba furioso por el retraso que ocasionaba la aglomeración de animales. El desfile duró dos interminables horas y ya era entrada la noche cuando el tren pudo reanudar la marcha.

A las nueve y media la locomotora entraba en el estado de Utah, la región del Gran Lago Salado.

Durante la noche del 5 al 6 de diciembre el tren corrió hacia el sudoeste, en un trayecto de unos ochenta kilómetros. Luego remontó otros tantos hacia el noroeste y se acercó al Gran Lago Salado.

Javi, a eso de las nueve de la mañana, salió a tomar el aire por los pasillos. Hacía frío y el cielo estaba cubierto, aunque no nevaba.

A las dos, los viajeros se apearon en la estación Ogden, ya que tenían que realizar un transbordo y enlazar con otro tren en dirección a Denver. Izan, la princesa Leyre y sus dos acompañantes se acercaron hasta la ciudad, ya que disponían de dos horas para visitarla mientras se hacían los preparativos del nuevo tren.

No encontraron la pequeña ciudad demasiado poblada. Las calles estaban

casi desiertas a esas horas de la tarde. Unos minutos antes de las cuatro, los viajeros volvían a estar en la estación. Pronto ocuparon de nuevo sus asientos en el vagón del nuevo tren. En el mismo instante en que las puertas empezaban a cerrarse, se oyeron unos gritos:

– ¡Deténganse!

Se trataba de un viajero que llegaba tarde. Corría hasta quedar sin respiración. Por suerte, se lanzó a la vía y pudo entrar a través de las puertas del último vagón del tren.

Javi se acercó al hombre, quien le explicó que hacía unos días había realizado una excursión con sus compañeros de la asociación de jubilados y les habían llevado a visitar el fuerte Laramie, pero en realidad les llevaron a la ciudad de Laramie para darles una charla de dos horas y venderles una almohada que quitaba todos los dolores.

– Yo no quería comprar nada, pero tenía que ir al baño y no dejaban salir a nadie, así que firmé un montón de papeles y por fin pude salir de allí –le contaba el pobre viajero.

– ¿Y qué ocurrió? –preguntó Javi.

– Hace dos días me trajeron la dichosa almohada, ¡que lo único que quita es el sueño! ¡Ahora vuelvo a Laramie para llevarles la almohada y que me devuelvan mi dinero! –dijo enfadado el viajero.

Cuando Javi regresó con Izan Ros, Erik y la princesa Leyre, les contó la aventura del viajero y de su almohada.

– No era necesario volver a la ciudad –dijo Izan, que estaba bien informado de estas cosas gracias a su asociación de consumidores–. Es suficiente con que envíe el documento de desistimiento para renunciar a la compra y quedándose con un justificante el envío de la carta. Pero eso sí, siempre dentro del plazo que, normalmente, es de siete días. Le recogerán la almohada y en unos días le devolverán el dinero.

– Aunque no conviene fiarse mucho de esas excursiones en las que te venden productos milagrosos –dijo Erik–. Más vale comprar siempre en sitios de confianza.

Javi escuchó atentamente todos estos consejos porque sabía que le vendrían muy bien para el futuro.

El tren, tras abandonar la estación de Ogden, siguió avanzando hasta la ciudad de Denver, en el estado de Colorado, a través de las Montañas Rocosas.

A día siguiente, el tren tuvo que detenerse quince minutos. Había nevado mucho, aunque la nieve, mezclada con la lluvia, estaba medio fundida y no podía impedir que el tren siguiera su trayecto. A pesar de todo, Javi estaba preocupado, ya que la acumulación de nieve podía poner en peligro el viaje.

Algunos de los pasajeros habían descendido de los vagones. Mientras, a través de la ventanilla, la joven princesa Leyre reconoció a uno de aquellos pasajeros: el pelirrojo que se había enfrentado a Izan durante la manifestación de San Francisco. Era necesario evitar a toda costa que Izan Ros descubriera la presencia de su adversario.

Cuando el tren reanudó la marcha, la princesa Leyre aprovechó un momento en el que Izan dormía para poner a Erik y a Javi al corriente de la situación.

– ¿Y dices que el tal Arturo viaja en este tren? –preguntó Erik–. Pues ten por seguro que, antes de ver a Izan, se las verá conmigo. Al fin y al cabo, creo que fui yo el que quedé peor parado.

Debían encontrar la manera de retener a Izan Ros en el vagón y evitar, así, cualquier encuentro con el pelirrojo que pudiera entorpecer el viaje o, peor aún, que alguien resultara herido de gravedad.

– Las horas en el tren se vuelven largas y lentas... –insinuó Erik a Izan cuando despertó.

– Sí –respondió Izan–. Además, aquí no tengo ni ajedrez ni compañeros de juego.

– Seguro que encontraremos en este tren un ajedrez que podamos utilizar. En cuanto a los compañeros de juego, mis conocimientos de ajedrez son bastantes escasos, pero no sé si por casualidad la princesa... –dijo Erik.

– Sin duda alguna, sé jugar al ajedrez –aseguró la princesa Leyre.

Javi se encargó de ir a buscar un tablero y las piezas del juego.

– Ahora –se dijo a sí mismo Javi– Izan ya no se moverá del vagón.

A las doce y media, los viajeros entrevieron durante unos instantes un antiguo fuerte que protegía aquel lugar del ataque de los indios a los antiguos ferrocarriles. Había dejado de nevar y, por lo tanto, podría esperarse que no hubiera más incidentes durante el paso del tren por aquella región. El frío era

seco y aves enormes, atemorizadas por presencia de la locomotora, huían despavoridas. No había ni rastro de fieras salvajes, osos o lobos. Era como un desierto.

Tras una comida bastante succulenta, servida en el propio vagón, Izan y sus compañeros se dispusieron a reanudar su partida. De repente, se oyeron unos fuertes silbidos y el tren se detuvo.

Javi asomó la cabeza por la ventanilla y no vio nada, ni siquiera una estación de tren. La princesa Leyre y Erik temieron por unos segundos que Izan intentara salir, pero éste se limitó a pedir a Javi que fuese a enterarse de qué sucedía.

Javi bajó del vagón, igual que otros cuarenta pasajeros, entre los cuales estaba el pelirrojo Arturo Villalba.

El tren se había detenido ante una señal roja que indicaba que había un peligro, y había llegado un vehículo de la empresa del ferrocarril con las luces de emergencia puestas para advertir al maquinista del tren.

– ¡No hay forma humana de pasar! –dijo el responsable de zona bajando del vehículo–. El puente de no soportará el peso del tren.

Se trataba de un puente colgante que cruzaba un torrente. Según el responsable de zona, estaba a punto de derrumbarse, y no exageraba. Las fuertes lluvias y las nevadas habían incrementado considerablemente el peso del puente y la estructura parecía estar gravemente dañada.

El pelirrojo, con su carácter habitual, gritaba que no iba a quedarse allí. El revisor le dijo que se había avisado a la estación más próxima, la de Omaha, para pedir un tren, pero probablemente no llegaría antes de las seis. El maquinista se dirigió a los viajeros y les propuso una solución:

– Creo que, si lanzase el tren a toda velocidad, tendríamos bastantes posibilidades de cruzar.

Los viajeros, convencidos por la firmeza y seguridad del maquinista, volvieron a sus vagones. Javi regresó a su asiento sin contar nada de lo que había sucedido. Izan y sus compañeros estaban concentrados en la partida de ajedrez.

La locomotora silbó con fuerza. El maquinista dio marcha atrás durante dos kilómetros. Luego, tras un segundo silbido, comenzó a ir hacia delante. La máquina aceleró. La velocidad se hizo vertiginosa.

¡Cruzaron el puente como un rayo! Se podría decir que la locomotora saltó de una orilla a otra. El maquinista no consiguió frenar la marcha hasta ocho kilómetros más allá de la estación.

Sin embargo, en cuanto el tres hubo cruzado, el puente se hundió con estrépito en las turbulentas aguas del río.

Aquella tarde el tren prosiguió su ruta sin más incidentes. La mañana del día siguiente Izan y sus compañeros reiniciaron el juego. De repente, Izan oyó una voz a su espalda que decía:

– Yo atacaría con el alfil...

Izan Ros, la princesa Leyre y Erik se levantaron de sus asientos. El pelirrojo estaba a su lado. Izan y el joven de la perilla se reconocieron enseguida.

– ¡Vaya, el español! –exclamó el pelirrojo.

La princesa Leyre estaba completamente pálida. Tomó del brazo a Izan, quien se apartó suavemente.

Javi estaba dispuesto a lanzarse encima del americano.

– ¡A quien usted insultó y golpeó fu a mí! –dijo Erik.

– Erik –dijo Izan-, este asunto únicamente me afecta a mí. Señor, tengo prisa por llegar a Europa y cualquier retraso podría perjudicar mis intereses.

– ¿Y a mí qué me importa? –dijo el pelirrojo.

– ¿Podríamos vernos dentro de seis meses para arreglar nuestros asuntos? –propuso Izan.

– Tonterías –dijo su adversario.

– Entonces, en la próxima estación me pedirá una disculpa o lo arreglaremos por las malas.

A las once el silbido de la locomotora anunció la llegada a la estación. Sin embargo, el revisor no les permitió bajar del tren porque iban con retraso y les propuso que fueran a la parte trasera del tren donde no molestaran al resto de viajeros.

Izan y el joven pelirrojo de la cara desfigurada se encontraban frente a frente. La princesa Leyre y Javi tenían el corazón en un puño.

De repente, se oyeron unos gritos salvajes acompañados de unas detonacio-



nes que se extendían por toda la línea del tren. En el interior del tren se oían gritos de terror.

El tren estaba siendo atacado por delincuentes armados con pistolas y fusiles, que intentaban alcanzar el tren subidos en furgonetas y coches. Uno de los asaltantes alcanzó la locomotora. El maquinista y su ayudante fueron atacados y se encontraban medio inconscientes por los golpes recibidos. El atracador intentó detener el tren, pero se equivocó y aumentó la velocidad de la máquina bloqueando los mandos. La locomotora, descontrolada, comenzó a correr a una velocidad de vértigo.

Tenían que llegar hasta la próxima estación, a cuatro kilómetros de distancia, donde había una pequeña comisaría de policía que podría hacer frente a los asaltantes. Sin embargo, si no lograban detener el tren y pasaban de largo, estarían perdidos. Javi logró deslizarse bajo el primer vagón sin ser visto. Mientras, la lucha continuaba. El joven ayudante logró desenganchar la parte delantera del resto del tren con el sistema de emergencia. La locomotora continuó yendo a toda velocidad al haberse desprendido de su carga, mientras el resto de vagones se detenían a cien metros de la estación.

Los policías de la comisaría, alertados por las detonaciones, acudieron en su ayuda. Los delincuentes se dieron a la fuga.

El peligro había pasado, pero habían desaparecido tres pasajeros. Uno de ellos era Javi. Entre los heridos más graves estaba el pelirrojo Arturo Villalba. La princesa Leyre estaba bien, al igual que Izan. En cambio, Erik tenía una herida en un brazo.

Izan se puso en contacto con el capitán de policía de la comisaría para encontrar a los desaparecidos. El capitán designó a diez agentes, ayudantes y voluntarios para que acompañaran a Izan. La princesa Leyre y Erik aguardarían a su regreso en la estación de tren.

Izan y el grupo se dirigieron hacia el sur para rescatar a los prisioneros. A las siete de la mañana del día siguiente, el capitán de policía estaba muy preocupado, ya que no tenía noticias del rescate. ¿Tenía que mandar un segundo grupo a socorrer el primero? ¿Debía sacrificar más hombres? Mientras reflexionaba, se oyeron unos disparos. Los agentes se precipitaron fuera de la comisaría y a medio kilómetro distinguieron un pequeño grupo que se dirigía hacia ellos. Izan iba delante, acompañado de Javi y de los otros dos viajeros. Los habían rescatado de los asaltantes del tren.

Izan Ros llevaba ahora un retraso de veinte horas. Javi había sido la causa involuntaria del mismo y estaba desesperado. Sin duda alguna, había arruinado a su jefe.

– Sin el ataque de los atracadores, ¿habría llegado a Nueva York el 11 de diciembre, para tomar el barco en dirección a Liverpool? –preguntó Erik.

– Si –aseguró Izan.

– Entonces, son veinte horas de retraso y debemos ganar horas. ¿Quiere intentarlo?

– ¿Yendo a pie?

– En trineos de nieve –dijo Erik–. Un hombre me ha ofrecido este medio de transporte.

Tras inspeccionar los trineos, los viajeros se acomodaron y se abrigaron. Hacía un frío que cortaba la palabra. Así viajaron hasta llegar a la estación de Omaha, que estaba repleta de trenes. En Omaha tomaron un tren que los condujo a la ciudad de Chicago, a orillas del lago Michigan y allí tomaron otro que los llevó a Nueva York.

Sin embargo, el Atlantis, el barco que debía llevarlos a Valencia, hacía cuarenta y cinco minutos que había zarpado.

Izan Ros, la princesa Leyre, Erik y Javi subieron a un taxi que los condujo hasta un hotel para pasar la noche. Al día siguiente, temprano, Izan se dirigió a las orillas del río Hudson y buscó, entre los buques amarrados, los que estaban a punto de partir. De pronto, cuando ya creía que había fracasado, divisó un buque de carga que parecía preparado para zarpar.

Izan subió a bordo del Chanquete, que así se llamaba el buque. Habló con el capitán e intentó llegar a un buen acuerdo. Como el barco tenía que ir a Casablanca, en Marruecos, Izan ofreció al capital mil euros por cabeza por llevarlos hasta allí. No fue fácil, pero finalmente el capitán terminó aceptando: cuatro mil euros sin necesidad de modificar su trayecto era una buena suma.

A la hora convenida, Izan se volvió a presentar en el buque con sus compañeros. Una vez a bordo, Izan Ros seguía queriendo llegar a Valencia, pero el capitán no estaba de acuerdo. Al cabo de treinta horas de navegar, Izan tomó la decisión de subir al puente de mando y ocupar el puesto de capitán. Para ello, había sobornado a la tripulación y había encerrado bajo llave al capitán

en su camarote. Ahora el Chanquete se dirigía a Valencia. Quedaba claro que Izan Ros estaba decidido a ganar la apuesta como fuera.

El 16 de diciembre el jefe de máquinas subió al puente para hablar con Izan Ros:

– Desde que partimos, señor, todos los motores han estado encendidos a la máxima potencia. A pesar de que teníamos combustible para ir a Casablanca, ahora no hay suficiente para llegar hasta Valencia.

– ¿No tenemos más combustible a bordo? –preguntó Izan.

– En la bodega de carga transportamos varias máquinas de construcción con una reserva de combustible que podríamos utilizar para nuestros motores –contestó el jefe de máquinas.

– Active todos los motores al máximo hasta que se agote el combustible. Lo conseguiremos –dijo tranquilamente Izan.

Luego, Izan pidió a su ayudante Javi que fuese a buscar al capitán.

– ¿Dónde estamos? –preguntó enojado el capitán.

– A setecientas millas náuticas de Algeciras –contestó tranquilamente Izan.

– ¡Pirata! –exclamó el capitán.

– Le ha llamado para rogarle que me venda la carga. ¡Me veo obligado a utilizarla para usarla como combustible!

– ¡Utilizar la carga de mi barco! ¡Una carga que vale cincuenta mil euros! ¡Qué locura!

– Tome, ahí tiene sesenta mil –dijo Izan mientras ofrecía un fajo de billetes al capitán.

¡Aquello era un negocio redondo para el capitán!

De esta forma, la tripulación con la ayuda de Izan Ros, Erik y Javi, colocaron las mangueras necesarias para trasladar el combustible de las máquinas de la bodega de carga para mantener los motores del buque a toda potencia. Cuando empezaron a avistar la costa de Portugal, Izan Ros no disponía más que de veinticuatro horas para dirigirse a Valencia. Y ése era, precisamente, el tiempo que necesitaba el barco para llegar a Valencia.

De repente, el combustible se agotó y varios de los motores dejaron de fun-

cionar. La velocidad del Chanquete se redujo considerablemente y apenas avanzaba.

– Lo siento, señor –lamentó el capitán–, parece que todo va en su contra. Estamos a la altura de Cádiz.

– ¿Es esa ciudad que se distingue a lo lejos? –preguntó Izan.

– Sí, señor –contestó el capitán.

La ciudad de Cádiz está situada en la costa andaluza, con un puerto en el que poder desembarcar y donde podrían encontrar trenes que les trasladaran hasta Valencia. Así lo hicieron.

A las doce menos veinte del 21 de diciembre, Izan llegaba al puerto de Cádiz. Estaba a seis horas de Valencia.

Izan Ros, Javi, Erik y la princesa Leyre bajaron a tierra y, en aquel preciso instante, Erik se le acercó, acompañado de varios policías y le puso la mano en el hombro.

– Izan Ros, queda detenido –dijo Erik mostrando la orden de arresto.

Los policías detuvieron a Izan Ros y le condujeron a la cárcel de la aduana del puerto de Cádiz. En el momento de la detención, Javi intentó lanzarse sobre Erik, pero los policías se lo impidieron. El joven ayudante explicó a la princesa Leyre que acusaban a Izan de ladrón.

Javi se sentía culpable. ¿Por qué había ocultado a Izan Ros que Erik era un detective? De haber sabido la verdad, su jefe habría podido dar pruebas de su inocencia a Erik.

En el calabozo, Izan había dejado el reloj sobre una mesa y, sin pronunciar una palabra, contemplaba el paso del tiempo. Estaba en una situación terrible. Para quien no pudiera leerle el pensamiento y, por tanto, no supiera realmente si era o no el ladrón, se resumía así: si era inocente, estaba arruinado; si era culpable, lo habían capturado. Estudió atentamente la estancia, pero la puerta estaba sólidamente cerrada y la ventana protegida con una reja. Izan sacó su itinerario de viaje y lo repasó.

A las doce y treinta y tres minutos, la puerta del calabozo se abrió y la princesa Leyre, Javi y Erik se precipitaron hasta Izan.

– Discúlpeme, lo siento mucho –balbuceaba Erik–. Un lamentable parecido... El ladrón fue detenido hace tres días. Queda usted en libertad.

Izan se dirigió hacia Erik y lo miró fijamente, encogió los hombros y meneó la cabeza con resignación. Erik, con la cabeza baja, no dijo nada. Comprendió que había arruinado la apuesta de Izan a pesar de lo bien que se había comportado con él a lo largo de todo el viaje que habían hecho juntos. Sabía que lo había traicionado y se arrepentía profundamente.

– Vamos, Izan, debemos intentarlo, estamos muy cerca –dijo la princesa Leyre

– Por supuesto, Leyre, tenemos un viaje que terminar –asintió Izan Ros.

Inmediatamente, Izan, la princesa Leyre y Javi salieron de la aduana. Eran las dos y cuarenta minutos.

A las tres en punto salió un tren especial desde Cádiz. Izan, después de hablar con el encargado de la estación y hablar acerca de cierta compensación económica, consiguió que uno de los trenes adelantara el viaje hacia Valencia. Era necesario salvar en cinco horas y media la distancia que separa Cádiz de Valencia en tren regional. Era muy difícil de conseguir porque no había trenes directos, sino que debían pasar antes por varias ciudades y realizar transbordos, aunque Izan pidió a los maquinistas que pusieran los trenes a toda velocidad,

Sin embargo, cuando después de pasar por las estaciones de Sevilla, Granada, Murcia y Alicante, llegaron a la estación del Norte de Valencia eran las nueve menos diez en el gran reloj de la fachada de la estación.

¡Izan Ros, tras haber realizado su viaje alrededor del mundo, llegaba con un retraso de cinco minutos! ¡Había perdido la apuesta!

Izan se encerró en su casa de la calle Bergara. ¡Estaba arruinado, y todo por culpa de aquel maldito detective! De la considerable suma que se había llevado al partir de Valencia, no le quedaba más que una cantidad insignificante. Toda su fortuna quedaba limitada al millón de euros que tenía depositado en su cuenta corriente. Y ahora lo debía a sus colegas del Ateneo Mercantil.

Al día siguiente, Izan se sentó frente a la princesa Leyre. Permaneció un rato sin hablar y luego le rogó que lo perdonase por haberla traído hasta España. Añadió que antes era rico y contaba con poner parte de su fortuna a su disposición. En cambio, ahora estaba arruinado.

– En todo caso –dijo la princesa Leyre–, la miseria no podrá con un hombre como tú. Tus amigos...

– No tengo amigos ni familia... –señaló Izan.

– Izan, ¿quieres tener una esposa y una amiga? ¿Nos casamos? –se le declaró Leyre.

Izan Ros cerró los ojos y, al volver a abrirlos, también le declaró su amor. Entonces, Izan pidió a Javi que avisara al cura de la Iglesia de San Nicolás de Valencia para concertar una fecha para un acto especial. Javi entendió enseguida de qué se trataba.

– ¿Para mañana? –preguntó Javi.

– Para cuanto antes –confirmó Izan, conociendo los largos trámites burocráticos necesarios.

En aquel mismo instante, los socios del Ateneo Mercantil se preguntaban dónde estaría Izan. El 17 de diciembre, tras la detención de un tal Ángel Riera, el verdadero ladrón, se cumplían setenta y seis días de la marcha de Izan Ros. ¿Aparecería el día 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos?

La sociedad valenciana vivía momentos de auténtica ansiedad. ¡Incluso se vigilaba atentamente de día y de noche la casa de la calle Bergara! Ni siquiera la policía tenía noticias del detective Erik. Por eso, el sábado por la tarde los alrededores del Ateneo Mercantil estaban llenos de gente. Se cortaron calles a la circulación de vehículos. La policía hacía verdaderos esfuerzos por contener a la multitud y, a medida que se acercaba la hora en la que Izan Ros tenía que aparecer, la emoción era incontrolable.

Mientras, los socios del Ateneo estaban reunidos en el gran salón desde las ocho y aguardaban ansiosamente.

En el instante en que el reloj del salón señalaba las ocho y veinticinco, la ingeniera Ana Sastre dijo a sus colegas:

– Señores, dentro de veinte minutos habrá terminado el plazo.

– Esperemos, no nos precipitemos –dijo otra de las socias, Rocío Sanmiguel-. Ya sabéis que Izan es un maniático. Su exactitud y puntualidad son conocidas por todos. No me sorprendería verle aparecer en el último minuto.

– Yo lo vería y no me lo creería –dijo Ana.

– Es cierto, el proyecto era imposible. Por grande que sea su exactitud, siempre hay incidentes, contratiempos y retrasos –dijo Fernando Fuentes.

– ¡Ha perdido, señores! –exclamó de repente Pablo Rodríguez-. Ésta es la lista de pasajeros del Atlantis, el único buque que podía tomar para llegar a

tiempo a Valencia. El nombre de Izan Ros no figura en la lista.

En aquel instante, el reloj marcó las ocho y cuarenta minutos.

– Aún faltan cinco minutos –advirtió Ana.

El tiempo se les hizo eterno.

– Las ocho cuarenta y tres –anunció otro socio, José Ortiz.

Se quedaron en silencio. El salón permanecía tranquilo, aunque en el exterior se oía el griterío de la gente. El reloj marcaba los segundos con regularidad matemática.

– Las ocho cuarenta y cuatro –dijo Rocío.

Un minuto más y habrían ganado la apuesta. A los cuarenta segundos, nada. A los cuarenta y cinco segundos, fuera se oyeron gritos, aplausos y hurras.

A los cuarenta y siete segundos, la puerta del salón se abrió y apareció Izan Ros, seguido de la multitud.

– ¡Aquí estoy, señores! –dijo con frialdad que lo caracterizaba.

¡Era Izan Ros en persona!

Un rato antes, Javi había ido a ver al cura de la Iglesia de San Nicolás. A las ocho y cinco salió con el pelo alborotado y corriendo como un loco.

A los veinte minutos entró en la casa de la calle Bergara y se presentó en la habitación en la que se encontraba Izan.

– ¿Qué ocurre? –le preguntó Izan.

– La boda... Es imposible...

– ¿Por qué?

– ¡Porque no he encontrado a nadie! ¡La parroquia está cerrada! La misa del lunes por la tarde se hará mañana y ¡hoy aún es domingo! ¡Hemos llegado veinticuatro horas antes! ¡Pero ahora no quedan más que veinte minutos!

Y, tomando a su jefe por el brazo, lo arrastró hasta la calle para coger un taxi e ir al Ateneo Mercantil.

El reloj marcaba las ocho cuarenta y cinco cuando Izan Ros entró en el gran salón. ¡Había dado la vuelta al mundo en ochenta días! ¡Había ganado la apuesta!

Ahora bien, ¿cómo es posible que un hombre tan meticuloso hubiera cometido un error como aquél? El motivo era muy simple: Izan Ros, sin darse cuenta, había ganado un día en su itinerario por la sencilla razón de que había dado la vuelta al mundo yendo hacia el este. En cambio, de haber ido hacia el oeste, lo habría perdido.

En efecto, yendo hacia el este, Izan iba por delante del sol y, por tanto, los días disminuían para él cuatro minutos por cada grado que él recorría en aquella dirección. Y siendo 360 los grados en que se divide la circunferencia, multiplicados por cuatro minutos, hacen veinticuatro horas. Por eso mismo, aquél día era domingo, y no lunes.

Izan había ganado un millón de euros, pero no le importaba el beneficio económico, a él no lo movía el dinero. Por eso, repartió el premio entre su fiel ayudante, el desventurado detective Erik, a quien no podía guardar rencor, y a los más necesitados de la ciudad. Conservó también una parte del premio para ofrecerle a su futura esposa, la joven princesa Leyre, una vida llena de aventuras, viajes y amor.

Con todo, descontó a Javi el gasto ocasionado por la estufa eléctrica que se había dejado encendida antes de empezar el viaje.

Aquella misma noche, Izan volvió a declararse a la joven y bella princesa Leyre.

Al día siguiente, al amanecer, Javi llamó a la puerta de la habitación de Izan.

– ¿Qué sucede? –preguntó Izan tras abrir la puerta.

– Me acabo de dar cuenta de que...

– ¿De qué?

– ¡De que habríamos podido dar la vuelta al mundo en setenta y ocho días solamente!

– Siempre y cuando no hubiésemos cruzado la India. Pero en ese caso no habría conocido a mi futura esposa.

Cuarenta y ocho días después se celebró la boda. Javi actuó como testigo de la joven princesa y el detective Erik como testigo de Izan. La boda fue uno de los grandes acontecimientos no sólo de Valencia, sino también de toda la Comunidad Valenciana, ya que se habían hecho famosos por haber ganado la arriesgada apuesta. Llegaron curiosos de Alicante y de Castellón. Todos los obsequios y regalos que recibieron Izan y su joven esposa fueron donados a



los más desfavorecidos.

Javi, gracias al regalo de Izan por haber ganado la apuesta, pudo hacer realidad su sueño de construirse una cabaña de madera en el campo y vivir tranquilo y relajado en plena naturaleza. Y, por supuesto, siguiendo el consejo de Izan, se hizo socio de una asociación de consumidores para estar bien informado y asesorado.

Erik, en cambio, sintiéndose todavía culpable por los problemas que les había causado a Izan y a Javi en su viaje, decidió convertirse en voluntario para ayudar a los más necesitados. Así, cuando no estaba persiguiendo delincuentes o investigando, se dedicaba a colaborar con las asociaciones de ayuda humanitaria.

Así pues, Izan Ros había ganado la apuesta. Había dado la vuelta al mundo en ochenta días. Para ello, había utilizado casi todos los medios de transporte a su alcance, como los grandes aventureros del pasado: barcos, trenes, coches, buques de carga, trineos de nieve, elefantes... El maniático joven había demostrado en todo momento sangre fría y exactitud. Pero, al fin y al cabo, ¿qué había ganado con todo aquello?

¿Nada, quizá? Bueno, nada, excepto una esposa encantadora que le convirtió en el más feliz de los hombres.

*Fin*

## Capítulo 5

# Ficha didáctica

---

### *Actividades comunes*

#### *Taller de lectura*

Pueden participar de forma colectiva varios lectores, leyendo cada uno una parte de la historia. Otra forma es repartir los personajes entre varios lectores y elegir un narrador, de forma que cada uno de los participantes lea los diálogos de su personaje.

#### *Debate de decisiones*

Tras la lectura del capítulo, cada participante explica cómo se ha desarrollado su aventura y los motivos por los que cada personaje ha tomado una decisión, estando o no de acuerdo y comparando con los motivos del resto de participantes.

#### *Consumo responsable*

Tras la aparición de pasajes relacionados directamente con la toma de decisiones o referencias a temas de consumo, cada participante puede explicar las que ha encontrado a lo largo del capítulo y qué decisión ha tomado y las conclusiones a las que ha llegado.

## El regreso a Valencia

### *Actividades específicas del capítulo*

Los **temas de consumo** tratados en este capítulo, y las cuestiones relacionadas que se proponen, son los siguientes:

#### *1. 1. Las agencias de viajes*

- 1.1. ¿Es mejor organizar el viaje uno mismo o acudir a una agencia de viajes?
- 1.2. ¿Las agencias de viajes son responsables de lo que pueda ocurrir durante el viaje?
- 1.3. ¿Deben informarnos de los documentos y vacunas que son necesarios para viajar al extranjero?

#### *2. 2. Las compras fuera de establecimientos*

- 2.1. ¿Te irías de excursión para que te vendieran cosas?
- 2.2. Si has comprado fuera de una tienda, ¿puedes devolverlo?
- 2.3. ¿Y se puede devolver todo lo que se compra en una tienda?

#### *3. 3. El voluntariado*

- 3.1. ¿Te gustaría colaborar con las asociaciones que protegen la naturaleza o ayudan a los más necesitados?
- 3.2. ¿Conoces el nombre de alguna organización que se dedique a ayudar a los demás?
- 3.3. ¿Crees que supone mucho esfuerzo ser voluntario para ayudar?







# La Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana

La **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** es una asociación de consumidores de carácter privado, que desde su constitución en 1985 se dedica a informar, formar y defender los intereses de los consumidores.

La **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** está adherida a la Unión de Consumidores de España-UCE, la cual está presente en numerosos órganos de consulta y participación de ámbito internacional y nacional, entre ellos cabe destacar la presencia en el Consejo de los Consumidores y Usuarios de España y en el Comité Económico y Social de la Comunidad Económica Europea; en la Comisión Interministerial de Ordenación Alimentaria; en la Comisión Consultiva de la Comisión Nacional de Valores; en la Junta Consultiva de Seguros; en la Comisión de Seguimiento de la Política de Vivienda; en el Consejo Asesor de Calidad; en el Comité de Ordenación de Servicios Públicos.

La actividad de la asociación se centra en la atención de consultas y la tramitación de las reclamaciones extrajudicialmente y ante el sistema arbitral de consumo, y en la formación de los consumidores a través de campañas, cursos o mediante publicaciones.

Además de estas actividades, la **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** participa activamente en las comisiones que en materia de consumo hay constituidas, defendiendo los intereses de los consumidores ante cualquier organismo o entidad, así como en la elaboración de normativa que afecta a los consumidores en general.

La labor de la **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** se centra, por una parte, en la atención y tramitación de las quejas que individualmente presentan los usuarios en esta asociación, y por otra en velar por los intereses generales de los consumidores como colectivo, denunciando ante los organismos competentes cualquier incumplimiento.

La **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** está compuesta de una importante base asociativa, que ayuda al mantenimiento de la actividad de esta asociación, y cuyos miembros disfrutan de diversos servicios que les permiten informarse, formarse y asesorarse convenientemente de los temas de consumo.

También se realizan desde la asociación labores preventivas de conflictos, participando tanto en órganos de consulta como en la elaboración de leyes y demás normativas que afecten a los ciudadanos como consumidores o usuarios, informado a través de los medios de comunicación y editando folletos, guías y revistas sobre diferentes materias de consumo.

De esta forma, la **Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana** intenta lograr la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos como consumidores y usuarios, la representación y defensa de sus intereses (individuales y colectivos) y el desarrollo de su participación en la vida social.





## Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana

Esta información - totalmente voluntaria- queda registrada en un fichero automatizado, gestionado exclusivamente por **la Unión de Consumidores de la C.Valenciana**. Usted tiene derecho a acceder a ella, rectificarla o cancelarla.

### FICHA DE SOCIO.

Nº.

**Deeso ser socio, para lo cual facilito los siguientes datos:**  
(Cumplimentar con letra mayúscula)

NOMBRE: \_\_\_\_\_  
APELLIDOS: \_\_\_\_\_  
D.N.I: \_\_\_\_\_ TEL: \_\_\_\_\_  
CALLE: \_\_\_\_\_ Nº PTA. \_\_\_\_\_  
LOCALIDAD: \_\_\_\_\_  
C.P: \_\_\_\_\_ PROVINCIA: \_\_\_\_\_  
FECHA DE NACIMIENTO: \_\_\_\_\_  
PROFESIÓN: \_\_\_\_\_  
Fecha: \_\_\_\_\_ Firma del Socio: \_\_\_\_\_

Para el alta en la asociación se abonará una **cuota de 36€**, independientemente de la fecha del alta. Las siguientes cuotas se renovarán en enero del año siguiente. La cuota se renovará por un año entero, salvo que, con un mes de antelación al antedicho vencimiento, se produzca, por su parte, comunicación escrita en su contra.

### DOMICILIACIÓN BANCARIA

**Para el abono de su cuota cumplimente la domiciliación bancaria.**

**Sr. Director:**

Ruego abonen a la Unión de Consumidores de la Comunitat Valenciana los recibos periódicos que, en concepto de cuota de socio, le sean presentados por la misma.

BANCO O CAJA: \_\_\_\_\_  
DIRECCIÓN: \_\_\_\_\_  
C.P: \_\_\_\_\_ LOCALIDAD: \_\_\_\_\_  
TITULAR C.: \_\_\_\_\_  
CÓD BANCO: \_\_\_\_\_ CÓD SUC: \_\_\_\_\_ D.C: \_\_\_\_\_  
CALLE: \_\_\_\_\_ Nº PTA. \_\_\_\_\_  
Nº. C.C.: \_\_\_\_\_  
Fecha: \_\_\_\_\_ Firma del titular: \_\_\_\_\_

